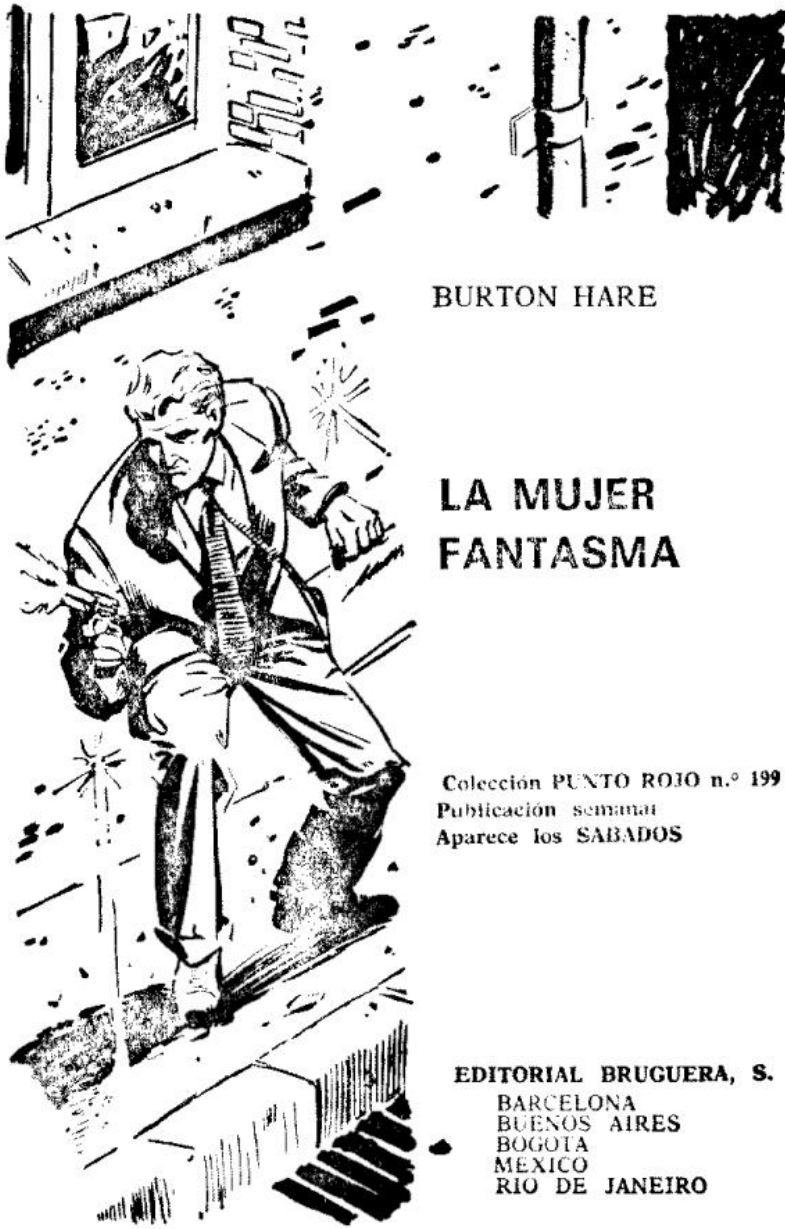
PUNTO ROJO

# la mujer fantasma

burton hare

# LA MUJER FANTASMA



BURTON HARE

# LA MUJER FANTASMA

Colección PUNTO ROJO n.° 199
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

*Depósito Legal B 35293 - 1965*
*Printed in Spain - Impreso en España*

*1.ª edición: febrero 1966*

© BURTON HARE - 1966
*sobre el texto literario*

© MIGUEL GARCIA - 1966
*sobre la portada*

© COSTA y ALTAMIRA - 1966
*sobre las ilustraciones interiores*

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 8.495/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
193 — El aullido del lobo.

En Colección SERVICIO SECRETO:
809 — Recuerdos para el difunto.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
94 — Un cadáver a mi cuenta.

# CAPÍTULO PRIMERO

Una compacta masa gris se agolpaba sobre la carretera como un manto que hubiera caído de repente. Era una niebla espesa y húmeda que se había levantado poco antes del quieto océano, y en pocos minutos había adquirido peligrosa consistencia.

Di toda la potencia a las luces del coche, pero los haces brillantes de los faros rebotaron sobre aquella cortina impenetrable y casi lograron cegarme. En vista de eso aflojé la velocidad y el motor protestó con enojo por el súbito cambio. Acabé por detenerlo a un lado de la ruta, encendí un cigarrillo y pensé amargamente en las veinte millas que me faltaban para llegar a casa. Era como si faltaran un millar con aquel muro gris por delante.

En los siguientes minutos, la niebla se espesó todavía más hasta el extremo de quedar convertida en algo semejante a un muro de ladrillo. Era como si la carretera terminara justo delante del morro de mi coche y más allá hubiera una montaña pétrea.

No circulaba ningún vehículo en una noche semejante. El silencio era tan completo que tuve la sensación de estar sumergido en el fondo del mar, aislado en un mundo desconocido y amenazador.

A mi derecha, y muy cercano, se oía el chapoteo de las olas al estrellarse en las rocas, o lamiendo a trechos la dorada arena totalmente invisible para mí. Era el único rumor que poblaba aquel mundo de silencio en que me había sumergido; el rumor de un mar en calma. Imaginé las crestas de espuma retirándose de la playa, o los flecos blancos deslizándose por las rocas... Imaginé muchas cosas en aquellos minutos, sólo para ahorrarme la sarta de maldiciones que pugnaban por escaparse de mis labios.

Y entonces lo oí.

Me puse tenso en el asiento, con los nervios tirantes. Había sido una especie de gemido, un ahogado lamento de terror...

En el primer instante pensé que estaba siendo víctima de mis sentidos sobrexcitados por la soledad y el silencio de la carretera. No obstante, aquello, fuese lo que fuere, había sido lo bastante fuerte para oírlo por encima del chapoteo del mar.

Abrí la portezuela del coche y me apeé, aguzando el oído.

Casi lancé un suspiro de alivio al escucharlo nuevamente. No me cupo duda de que era un gemido humano, un estertor que igual podía ser producido por el terror como por un agotamiento total y completo.

Me aparté unos pasos del auto, tratando de localizar la dirección de donde me había llegado el sonido. Entonces, inesperadamente, escuché los pasos.

Ahora bien; yo no me asusto fácilmente. Mi profesión me ha enfrentado con situaciones que han puesto a prueba mis nervios. He oído el zumbar de las balas a una pulgada de mi oreja y otras cosas peores.

Sin embargo, aquellos pasos me produjeron escalofríos. Sentí una corriente de hielo deslizarse por mi espina dorsal como si por ella se paseara una culebra.

Porque aquellos pasos se acercaban a trompicones, como impulsados por un cuerpo sin fuerzas y sin voluntad, huyendo del mismo infierno. Eran desiguales, ruidosos, vacilantes; a veces se detenían, y al reanudarse, lo hacían completamente sin control, dando bandazos a un lado y a otro, cambiando de dirección una y otra vez.

Y por entre el rumor de los pasos, escuché distintas veces el gemido ahogado que me había sacado fuera del coche.

De un salto volví a entrar en el vehículo y encendí toda la potencia de los faros. No gané mucho, porque la niebla era impenetrable, pero conseguí que se extendiera un halo alrededor que por lo menos me infundió valor.

Repentinamente, como surgido de la tierra, o materializado en el espacio por arte diabólico, un hombre surgió de la niebla. Sólo distinguí su silueta negra, encorvada, con los brazos extendidos hacia adelante y las manos engarfiadas, como si luchara por asirse a un mundo que escapara a su alrededor.

Gimió de nuevo, una especie de sollozo, y dio unos pasos tambaleantes hacia mí. Mis ojos no podían apartarse de aquellas manos, amenazadoras o suplicantes.

—¿Qué demonios le pasa a usted? —gruñí, dudando entre sacar el revólver o retroceder al otro lado del auto.

No obtuve respuesta. Sus piernas se le doblaron definitivamente y se desplomó de bruces.

Todavía dudé unos segundos en acercarme a él, pero al fin me decidí y le di la vuelta. Lo arrastré hasta dejarlo delante del morro del coche, violentamente iluminado por las luces. Me estremecí otra

vez al verle la cara.

No es que fuera ningún fenómeno monstruoso. Por el contrario, era uno de los tipos mejor parecidos que yo había contemplado nunca, pero en aquellos instantes tenía los ojos desorbitados y una expresión de horror en sus tensas facciones que sentí cómo se me erizaba el pelo al verlo.

Sus ojos no parpadeaban; estaban fijos y vidriosos como si, mirándome a mí, no me viera y pudiera en cambio contemplar a través de mi cuerpo algún horror agazapado a mis espaldas.

Un ronco estertor escapaba de sus fauces abiertas. Por lo demás, estaba rígido, igual que muerto.

—Está bien, amigo —dije con voz débil—; no sucede nada, ¿me oye? Todo está bien...

No conseguí nada, de manera que lo levanté, comprobando que pesaba lo suyo, y conseguí llevarlo hasta el asiento delantero del coche, donde lo dejé medio derrumbado.

Saqué la petaca de whisky y derramé un poco entre sus labios. Lo engulló con dificultad. Repetí la dosis y la cosa fue mejor. Se estremeció, temblando, y sus ojos parecieron cobrar vida.

Engulló la mitad del frasco. Tras eso lo empujé hasta dejarle apoyado contra el respaldo y la portezuela y me instalé ante el volante. O el tipo ya había tragado mucho whisky con anterioridad, o el que acababa de beber le estaba saliendo por los poros de la piel, porque observé que apestaba a licor como un diablo.

—Así que lo que tienes es una borrachera de reglamento, ¿eh?

Mi propia voz me sonó aguda y desagradable. Me dije que por mucho que beba uno no llega al borde de la locura a impulsos del terror. Este tiene una base sólida de donde emerge, apoderándose de la voluntad.

—¿Puedes oírme, compañero? —insistí, impaciente.

Consiguió que sus ojos parpadearan un par de veces. Luego ladeó la cabeza y trató de enfocarlos lo suficiente para verme.

No sé si lo consiguió o no, pero balbució;

—Ella...

—¿Quién?

—Sangre... ¡Dios, cuánta sangre...!

—¿De qué estás hablando?

—Ella... Linda...

—¿De manera que es linda, eh? —refunfuñé.

Volvió a enfocar sus ojos en mí. No sé qué demonios debió ver, porque otra vez surgió en ellos un abismo de horror y su cabeza cayó a un lado.

Bueno, me dije que mi cara no es precisamente un dechado de perfecciones, pero hasta entonces jamás había producido semejante efecto en nadie, de manera que el espanto que le dominaba debía proceder de su propia mente.

Comprobé que estaba otra vez inconsciente y lo dejé en paz.

Tuve tiempo sobrado de consumir varios cigarrillos antes que una ligera brisa desplazara la cortina de niebla hacia el interior. Entonces puse en marcha el motor y conduje despacio, con precaución, por entre los girones grises que, todavía pegados al asfalto, dificultaban la circulación.

No sé cuánto tardé en llegar a las afueras de la ciudad. Resultó un viaje de pesadilla. De vez en cuando dirigía una mirada a mi inconsciente acompañante, pero durante todo el trayecto no dio señales de vida.

Sólo al encaramarme por las curvas de la colina dejé atrás completamente la niebla y pude acelerar. Desde la cumbre se abría el inmenso panorama de Hollywood a un lado, y más a la izquierda, la inmensidad de luces parpadeantes de Los Angeles. Brillaban como estrellas de colores caídas sobre la tierra y no había rastros de niebla alguna. Suspiré al iniciar el descenso, satisfecho de haber dejado atrás el fantasmal manto gris y húmedo.

Al llegar al boulevard Santa Mónica, a la altura de Bundy Drive, el desconocido comenzó a dar señales de vida. Conduje todavía unos minutos más por el boulevard y luego estacioné al lado de la acera.

—Muy bien; final de trayecto —dije—. Aquí puede encontrar un taxi. ¿Me oye?

Luchó heroicamente por enderezarse, parpadeó y trató de hablar. Encontró dificultades para emitir la voz, pero al fin consiguió articular una especie de gruñido.

—¿Se siente con fuerzas para andar, compañero?

—¿Quién es usted?

—Ajá; parece que resucita, ¿eh? —dije de mal talante—. ¿Nadie le ha enseñado a beber como las personas decentes?

—Usted... No le conozco...

—Seguro que no. Y no puedo decir que resulta agradable nuestro mutuo conocimiento. ¿Dónde pilló tamaña borrachera, amigo?

—Me llamo Farrell... Grant Farrell...

Ese nombre despertó un eco en mi mente, aunque por el momento no logré situarlo.

—Michael Carson es mi nombre, si es que eso le importa algo.

¿De dónde demonios huía usted cuando lo he encontrado?

—¿Huía?

Se restregó la cara con las manos, aturdido. Repentinamente, se inmovilizó, como si hubiera recordado algo terrible. Poco a poco retiró las manos del rostro y quedóse inmóvil, con la mirada clavada en el parabrisas.

—¡Dios santo! —susurró.

—¿Qué pasa ahora?

Volvió la cabeza y me miró. Me pareció que estaba recobrándose muy aprisa. Era un tipo fuerte, de anchos hombros y cintura estrecha, musculoso. Su cara era de facciones simpáticas y agradables. Imaginé que en un lugar como Hollywood, un tipo semejante debería causar estragos entre el mundo femenino. Y a medida que miraba llegaba a la convicción de que no me era desconocido Yo lo había visto en alguna ocasión, aunque no pude recordar dónde.

—Debo irme —exclamó de repente—. Necesito saber...

—¿Qué?

—Nada... Ha sido usted muy amable... Supongo que me ha recogido inconsciente, ¿no es cierto?

—No exactamente... Usted ha surgido de la niebla como una aparición. Parecía huir de alguien muy peligroso.

—¿Huir? Está equivocado, yo...

Se interrumpió. De nuevo, el terror asomó a sus ojos y volvió la cabeza para que no pudiera ver la expresión de su cara.

—¿Va a tomar un taxi o quiere que le lleve a alguna parte? —le apremié—. Tengo mucho que hacer esta noche todavía.

—Ya se ha molestado bastante por mí... Tomaré un taxi, gracias. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Michael Carson.

—Mike Carson... Oiga, yo he oído su nombre alguna vez.

—Es posible. ¿Bueno...?

—Sí —abrió la portezuela. Antes de apearse me miró con fija intensidad y murmuró—: ¿Dónde me ha recogido usted, Carson?

—En la carretera, a una milla poco más o menos del desvío que conduce a Beach City.

—Eso es... Tiene que ser por allí cerca...

—¿A qué se refiere?

Se estremeció y saltó fuera del coche. Al poner los pies en el suelo se tambaleó y necesitó apoyarse contra la ventanilla.

—Parece que no estoy tan bien como pensaba —masculló—, pero ya me las arreglaré. Gracias otra vez.

Le seguí con la mirada hasta que lo perdí de vista en la primera esquina. Su arrugada camisa húmeda fue lo último que pude distinguir en la oscuridad.

Suspiré con alivio al haberme librado de él. Quince minutos más tarde llegué a casa, me obsequié con una ducha, bebí un par de tragos y me acosté. Podría presentar el informe a la mañana siguiente, y ésa fue la única idea que me turbó un poco antes de dormirme. Ni siquiera volví a recordar al borracho ni una sola vez...

Eso fue un error. Debía haber pensado en él y haber puesto tierra de por medio. El maldito tipo estuvo a punto de volverme loco pocos días después...

# CAPÍTULO II

Tres días después de aquella noche de niebla volví a tener noticias del aparecido.

Para entonces ya sabía de quién se trataba. Después de entregar el informe relativo al trabajo que me obligara a realizar aquel viaje, habían seguido un par de días de calma en los que no tuve nada que hacer. La segunda noche me quedé en casa, preparé unas copas y me instalé ante el aparato de televisión, dispuesto a matar un par de horas.

Así fue cómo me tragué uno de esos seriales soporíferos, protagonizado por un astro de moda.

El astro era Grant Farrell.

Al reconocerlo pensé otra vez en nuestro encuentro. Como sea que esos pensamientos me interesaron más que el rollo que estaban dando, apagué el aparato y recordé los pormenores de nuestro encuentro.

Me dije que quizá había prestado poca atención a las extrañas palabras pronunciadas por Farrell. Había hablado de sangre, de una mujer muy linda y cosas por el estilo, todo lo cual yo había atribuido a las pesadillas del alcohol. Un borracho es capar de vez un infierno incluso en medio de un espectáculo de colegialas...

A la mañana siguiente llegué a mi oficina todavía preocupado por los pensamientos despertados en mí por la imagen de Grant Farrell. Deseé que apareciera cualquier cliente, con cualquier clase de problema, sólo para olvidarme del apuesto astro de la televisión.

Y entonces llamaron a la puerta y entró Grant Farrell en persona.

Estuve viéndole avanzar hasta que se derrumbó en la butaca destinada a los clientes. Entonces dije:

—Aquí ocurre algo raro. ¿Transmisión de pensamiento tal vez? Estaba pensando en usted en este momento precisamente.

—Y yo no he dejado de acordarme de nuestro encuentro desde aquella maldita noche.

—¿Cómo me ha localizado?

—Su nombre despertaba un confuso recuerdo en mi mente. Al buscarlo en la guía telefónica y ver que era un detective privado

todo se ha aclarado, ¿comprende? He leído a menudo reportajes sobre sus éxitos.

—Ya veo. ¿Ha venido a verme porque soy detective, o simplemente porque fui yo quien lo encontró en la niebla?

—Creo que en función de las dos cosas...

Le miré con curiosidad. Estaba pálido y parecía extremadamente cansado. En aquellos momentos no daba la impresión de ser uno de los actores más cotizados de la televisión.

—A juzgar por su manera de decirlo —comenté—, parece encontrarse en un buen apuro.

—Estoy a punto de volverme loco. Le confieso que estoy asustado, Carson. Por eso le he buscado, aunque al principio no sabía que era usted detective. Sólo deseaba encontrarle para que me ayudara a localizar exactamente el lugar donde me encontró.

—Ya le dije que estaba aproximadamente a una milla después del desvío de Beach City.

—¿Es lo máximo que puede usted puntualizar?

—Me temo que sí. ¿Tan importante es la exactitud de ese punto?

—Extremadamente importante... ¿Tiene inconveniente en contarme cómo me encontró?

Le relaté detalladamente su aparición entre la niebla. Aunque yo no comprendía qué era lo que tanto le inquietaba, noté perfectamente el interés con que me escuchó.

—De manera que le parece a usted que yo llegué a la carretera desde la playa, ¿no es así? —gruñó después que hube hablado.

—Eso me pareció a mí, aunque andaba usted a bandazos, de un lado a otro. Quizá llegó desde otra dirección y pasó la carretera, volviendo atrás sin darse cuenta.

—Eso no me parece lógico...

—Veamos si ponemos las cosas en claro. ¿Por qué tiene tanto interés para usted saber exactamente de qué dirección procedía cuando apareció en la carretera?

—Aquella noche... —se interrumpió, mirándome con el ceño fruncido. En sus ojos había una expresión muy semejante al miedo —. Bien, estuve en una cabaña de la playa; ya sabe, uno de esos refugios aislados...

—Conozco esas construcciones; siga.

—Está bien; quiero encontrar esa cabaña.

—¿Quiere decir que no recuerda dónde está?

—Creí que lo recordaba. Incluso volví a ella al amanecer de aquella noche. Pero..., bueno, debí equivocarme. Quiero creer que me equivoqué, porque en caso contrario me vería obligado a

reconocer que estoy perdiendo la razón.

—¿Por qué no comienza por el principio? —sugerí—. Si desea que haga algo por usted, necesito conocer todos los pormenores de lo que sea que le preocupa. ¿O solamente quiere que le ayude a localizar esa cabaña?

—Eso es sólo una parte del problema... Yo creí que la había encontrado cuando volví allá, pero...

—Le confieso que no entiendo una palabra.

—Oh, está bien, Carson; se lo contaré todo. Confío en su discreción, aunque si Martine se entera...

—¿Quién es Martine?

—Mi... Bueno, ella está convencida que va a casarse conmigo.

—¿Y usted no está dispuesto a casarse?

—No lo sé. En todo caso, no creo que esté enamorado de Martine...

—Bien, cuéntelo por orden.

Le ofrecí un cigarrillo y encendimos los dos. Después de exhalar un par de bocanadas de humo, el actor empezó a hablar con tono bajo y casi monótono.

—Todo comenzó en la fiesta de Randy Parnel...

—¿Se refiere al productor de series?

—Al mismo. Dio una fiesta en su residencia para celebrar la firma de un contrato o algo así. Ya sabe cómo son esas francachelas, ¿no es cierto, Carson? Se bebe más de la cuenta, las chicas le vuelven loco a uno y todo el mundo acaba haciendo lo que se le antoja sin que a nadie le importe un comino...

—Ya conozco esas bacanales —refunfuñé—; puede ahorrarme los detalles.

—Perfecto, Carson. Ella llegó cuando los ánimos estaban ya muy cargados. Habíamos bebido una barbaridad y...

—¿Quién es «ella», Farrell? —le atajé.

—Oh, sí... Linda Keeley, naturalmente. Quizá haya visto su cara alguna vez en la pantalla pequeña. Ha hecho algunos papeles de segunda categoría en un par de series, pero no cuajó. Según los productores y directores, no tiene talento dramático. En cambio posee un exceso de curvas y es tan explosiva como una bomba, aunque eso no es muy recomendable para la televisión.

—Ya veo...

—Bueno, llegó a la fiesta cuando todos estábamos muy cargados y empezó a coquetear con unos y con otros... Finalmente, vino a parar a mis brazos y bailamos no recuerdo qué. Ahora bien, yo acababa de disputar con Martine... Es muy posesiva, ¿comprende?

Tuvimos un buen altercado, de manera que la planté y me dediqué a conquistar a Linda con entusiasmo. Ella me siguió el juego y creo que formamos un buen espectáculo en medio del jardín...

—¿Qué demonios tiene eso que ver con la cabaña de la palaya?

—Ahora llegamos a eso —gruñó—. Linda esquivó un par de envites que le dedicó Orchman, un director, y al fin me propuso largarnos de allí sin decir nada a nadie. Dijo que conocía una cabaña en la playa equipada con todas las comodidades y que pertenecía a alguien amigo suyo... y acepté.

—De manera que se marcharon sin advertírselo a nadie, ¿fue así?

—Exacto. No quería tener más dificultades con Martine. Bueno, tomamos el coche y...

—¿Qué coche?

—Oh, es cierto; mi «Cadillac». Con él fuimos a la playa. Ella me guio durante todo el camino porque yo no conocía aquella parte de Beach City, pero por lo que puedo recordar, dejamos atrás el desvío antes de internarnos por un camino de arena, en dirección a la playa...

—¿Entró a la playa con el coche?

—No. Estaba borracho, pero no tanto como para no saber que después me costaría mucho sacarlo, si las ruedas se hundían en la arena. Sólo descendimos un trecho por aquel camino. Después, detuve el auto y lo dejé junto a un promontorio rocoso...

—¿Estaba allí el coche cuando usted apareció entre la niebla?

—Supongo que sí...

—¿Cómo que lo supone?

—Ya llegaremos a eso, Carson. Ahora que he empezado no rompa usted el hilo de mis recuerdos o me confundiré otra vez.

—Okey, adelante.

—Bien; proseguimos a pie hasta la cabaña. Estaba muy cerca de donde dejé el coche. Linda había tenido razón al hablar de las comodidades; encontramos todo lo que pudiera antojársenos, incluso un tocadiscos estereofónico. Ella colocó un montón de discos y lo puso en marcha, diciendo que quería bailar hasta caer agotada... Lo malo fue que, además de bailar, bebimos un vaso tras otro...

—Total —dije, comenzando a aburrirme—; pillaron una borrachera de campeonato y...

—¡Sí, nos emborrachamos! —estalló, interrumpiéndome—. Pero, maldita sea, Carson, deje que lo cuente a mi manera, ¿quiere? Ya llevábamos una barbaridad de whisky en el cuerpo, y en la cabaña

creo que vaciamos otra botella por lo menos. A partir de cierto momento mis recuerdos son algo confusos, ¿usted comprende? Sé que bebí como un cerdo, hasta caer sentado en el suelo... Fue desde el suelo que contemplé cómo Linda iniciaba una danza extraña, sensual... En uno de sus giros todavía llenó los vasos una vez más con los restos de la botella. Después siguió danzando y comenzó a quitarse las ropas... y ya no recuerdo más hasta que recobré el conocimiento.

—¿Quiere decir que se desmayó?

—Debí caer fulminado por el último vaso. Era demasiado alcohol para soportarlo.

—Comprendo. ¿Qué sucedió al recobrar usted el sentido?

Me miró largamente, como dudando entre seguir contándome su historia o callar. Finalmente dijo:

—Está bien, Carson; voy a decírselo todo aunque no me crea... Recuerdo perfectamente cuándo Linda comenzó a despojarse de sus ropas. Yo estaba sentado sobre las tablas del suelo... Creo que la animé y me reí... Luego es como si de repente se hubiera apagado una luz en mi mente y ya no...

—¿Recuerda también si llegó a verla desnuda?

—¿Cree que eso tiene importancia?

—No lo sé, pero fijaría un tiempo determinado antes de que usted quedase inconsciente.

—No creo que llegara al final de su exhibición. Vi volar su vestido y algo más y eso es todo.

—Bueno, adelante, siga.

—Al recobrar la conciencia y abrir los ojos descubrí la botella vacía muy cerca de mi cara. Yo estaba caído de bruces, ¿se da cuenta? Más allá de la botella había una mancha irregular en el suelo, una mancha oscura. Primero pensé que era whisky... Consideré que era una lástima haberlo desperdiciado de semejante manera. Luego comencé a darme cuenta que sucedía algo raro y me esforcé por incorporarme.

—¿Y bien? —le animé al ver que de nuevo titubeaba.

—Había otras manchas. Las había por todas partes. Eran manchas de sangre.

—¿Está seguro de que era sangre? Usted estaba borracho perdido, recuérdelo.

—No puedo olvidarlo aunque quisiera... Sí, eran manchas de sangre. Todo el suelo estaba salpicado de ellas. Fue al mirar a mi alrededor cuando me di cuenta que aquello era sangre. Lo descubrí al ver el cadáver de Linda tirado en un rincón.

Pegué un respingo y me incliné sobre la mesa, estupefacto.

—Continúe, Farrell. Cuando lo metí en mi coche habló de una tal Linda, y de sangre, pero no le di importancia porque estaba usted ebrio. Parece que fui un tonto. Veamos el resto de su historia.

—Bueno, no es necesario que le cuente la impresión que me causó descubrir a la pobre chica. Estaba desnuda y tenía la cabeza aplastada, en medio de un charco nauseabundo... Sus ropas las encontré tiradas por todas partes, sucias de sangre... Pero lo verdaderamente espantoso era el cadáver con el cráneo machacado...

—¿Vio usted el arma con que la habían golpeado?

—Supongo que fue con una botella de cristal tallado... Una de esas botellas de adorno. Estaba tirada en el suelo, junto al cadáver, y tema sangre y cabellos adheridos a ella.

—¿Qué hizo usted entonces?

—El pánico me dominó y salí corriendo de la cabaña.

—¿Todavía funcionaba el tocadiscos automático?

Frunció el entrecejo, preocupado.

—No —murmuró—. Había un silencio de muerte allí dentro. No me había dado cuenta de ese detalle hasta ahora...

—Sin embargo, estaba en marcha cuando usted perdió el conocimiento, ¿no es así?

—Seguro. Linda bailaba al compás de la música.

—Bueno, adelante, Farrell.

—Corrí como un loco. Sé que caí varias veces. Estaba horrorizado, completamente desbordado por el pánico. Ni siquiera pude encontrar el lugar donde habíamos dejado el auto, de manera que anduve dando tumbos hasta que tropecé con usted.

—Eso explica su expresión aterrorizada —comenté, pensativo.

—Lo estaba sin la menor duda. Después de separarme de usted comencé a pensar sobre todo lo sucedido. Decidí que debía hacer algo por aquella pobre chica... y... Bueno, Carson, mi conciencia comenzó también a dar señales de vida. Si yo había matado a Linda debía pagarlo.

Calló y desvió la mirada cuando escruté su rostro con insistencia.

—¿Por qué piensa que pudo matarla usted?

—¿Quién otro pudo hacerlo? Nadie en su sano juicio cometería un crimen semejante. Tenía la cabeza materialmente deshecha a golpes... La mano que empuñó aquella botella sólo podía estar impulsada por una mente perturbada... o por un borracho indecente. Y yo estaba entonces ebrio como una bestia —suspiró y

dijo entre dientes—: No he vuelto a probar el alcohol en todos estos días, Carson, ni creo que vuelva a beber en toda mi vida.

—¿Tenía usted alguna razón para matar a la muchacha?

—Ninguna en absoluto. Apenas si la conocía.

—¿Alguna vez, estando embriagado, había sentido instintos criminales, había deseado hacerle daño a alguien?

—A nadie. Soy un tipo pacífico. Hasta ahora había creído que no era capaz de matar a una mosca... Todos mis amigos dicen que soy demasiado blando y poco rencoroso.

—Cuando yo le encontré vestía usted un pantalón negro, de etiqueta, y una camisa blanca. Pero no llevaba corbata ni chaqueta de ninguna clase. ¿Qué se hizo de esas prendas?

—Ese es otro detalle que me trae por la calle de la amargura. No recuerdo haberme quitado la corbata de lazo ni el smoking blanco. No obstante, debieron quedar en la cabaña, aunque en aquellos instantes ni siquiera se me ocurrió pensar en eso. No lo advertí hasta después de separarme de usted.

—Está bien, volvamos a lo que hizo después que yo le dejé.

—Primero busqué un taxi y me hice conducir a casa, donde me cambié de ropa. Estuve un rato pensando y fue entonces que decidí volver a la cabaña para asegurarme de que todo aquello no había sido una pesadilla provocada por el alcohol, así que tomé el otro coche que poseo, un dos plazas deportivo, y regresé a la playa, guiado por los confusos recuerdos que conservaba. Y ahí es donde empieza lo verdaderamente increíble, Carson. No pude localizar ni el «Cadillac» ni la cabaña. Mejor dicho, creí haber encontrado la cabaña hasta que forcé la puerta y entré. El interior era tal como lo recordaba, incluso había un tocadiscos automático. Pero no pude encontrar rastras de sangre, ni del cadáver, ni de mis ropas... Todo estaba limpio y en orden.

—Vayamos por partes —gruñí, estupefacto—. Usted creyó localizar la cabaña y para entrar se vio precisado a violentar la puerta. ¿Es eso lo que me ha dicho?

—Exactamente.

—No obstante, cuando usted salió corriendo de ella debió dejarla abierta No creo que estuviese usted en condiciones de cerrarla.

—La dejé abierta. Recuerdo perfectamente que salí corriendo... Tropecé justo en el portal y caí de cara sobre la arena. Cuando me levanté ni siquiera miré atrás. Continué huyendo como si me persiguieran todos los demonios del infierno.

—Eso está claro. ¿Le pareció a usted que aquélla era

precisamente la cabaña en que había estado usted?

—Entonces estuve casi seguro. Luego, al verlo todo limpio y sin trazas de lo ocurrido, supe que me había equivocado. Debía tratarse de otra.

—¿Y el coche?

—Apareció al día siguiente..., cerca del domicilio de Randy Parnel.

—Ya veo.

—Escúcheme, Carson. Sé que eso sucedió, ¿comprende? ¡No fue una pesadilla de borracho! —se restregó la cara con las manos, a impulsos de la desesperación, y añadió—: ¡No pudo ser una pesadilla...! Estoy seguro que sucedió. En alguna cabaña de la playa hay un cadáver con la cabeza destrozada...

—¿Cómo explica que el «Cadillac» apareciera en Beverly Hills?

—No puedo explicármelo.

—¿Ha tratado de hablar con Parnel o con los otros invitados a la fiesta? Ellos deben recordar cuándo se marchó usted y si su coche estaba en el aparcamiento cuando se fueron ellos...

—Ahí es donde las cosas se complican, Carson —rezongó—. Todos ellos afirman que no dejé la fiesta hasta última hora... Dicen que estaba tan ebrio que Parnel me llevó a una de sus habitaciones y me dejó acostado allí. Y hay más todavía... Ninguno de ellos vio a Linda en toda la noche. Aseguran que no estuvo en la fiesta en ningún momento.

—Bueno, eso aclara sus dudas. Fue una pesadilla inspirada por el mucho alcohol ingerido por usted.

—No lo fue... ¡No pudo serlo, Carson! ¿No lo comprende? Vi perfectamente el cadáver ensangrentado..., la sangre a mi alrededor... y hui. Y usted me encontró en la carretera, cerca de la playa. ¿No es cierto? No podía estar acostado en casa de Randy y simultáneamente aparecer en medio de la niebla...

—Eso es indiscutible. ¿Le ha hablado a su amigo de este hecho?

—¡Claro que le he hablado de eso! Pero según él, me largué de su casa después que me dejó acostado. Cuando fue a ver cómo me encontraba, después que se hubieron marchado los otros invitados, yo había desaparecido.

—Si eso es cierto, su chaqueta de smoking y su corbata de lazo deben estar en casa de Parnel. ¿Es así o no?

—No están allí.

Pensé durante unos instantes sobre aquel increíble embrollo. Después dije:

—¿Qué espera que haga yo exactamente, Farrell?

—Quiero que me acompañe al lugar donde me encontró... y que me ayude a localizar la cabaña. No puedo vivir con esa incertidumbre. Si es cierto que maté a esa pobre muchacha debo entregarme, ¿no lo comprende? Podría volver a matar si alguna vez me dejara dominar por el demonio del alcohol... Le juro que estoy asustado, pero prefiero arrostrar las consecuencias antes de seguir viviendo en esa incertidumbre.

—¿Y si todo es fruto de una pesadilla?

—En ese caso... me pondré en manos de un buen siquiatra, Carson. Debo estar volviéndome loco para «ver» una pesadilla semejante con todo detalle... para «vivirla» de manera tan horrenda...

Pensé que me era simpático el tipo. Tenía una integridad magnífica y me alegró que no fuera uno de esos mequetrefes que pululan por Hollywood, engreídos y tan vacíos como una calabaza seca.

—Okey —accedí al fin—. Iremos a la playa. Pero a juzgar por todo lo que llevo oído, usted soñó esa endiablada pesadilla mientras estuvo acostado en casa de Parnel... Quizá huyó de allí impulsado precisamente por ese sueño...

—¿Y cómo demonios recorrí las veinticinco millas hasta el lugar donde me encontró usted?

—Eso es algo que habrá que averiguar. ¿Quiénes estaban en la fiesta cuando, según usted, apareció en ella esa chica?

—Bueno..., además de Parnel y Martine, estaban un director de «series» llamado Orchman; uno de los propietarios de la «Mundial», la compañía que produce todas mis películas para la televisión y cuyo nombre es Weldon. Además, se encontraba allí el doctor Jasper. Es íntimo amigo de Weldon y uno de los más reputados siquiatras de Hollywood. Y Joe Greentree, el director de musicales de gran espectáculo...

—¿Y en cuanto a mujeres?

—Recuerdo a tres..., además de Martine. Sólo sé sus nombres de pila, y eso gracias a que al hablar con Parnel y los demás me los han recordado. Yo no las conocía.

—No importa, dígamelos de todas maneras.

—Anne, una pelirroja alegre y ligera de cascos; Joyce y Mira, las dos con un cuerpo fuera de serie, morenas y dispuestas a pasarlo bien, por lo que pude apreciar...

—¿Ninguna más?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Luego murmuró:

—Y Linda, a menos que mi mente esté volviéndose al revés.

—Está bien. Sigo opinando que se preocupa usted por nada. Todo fue una jugarreta del whisky mal asimilado. Pero le acompañaré a la playa. Iremos en mi coche. ¿Conforme, amigo?

Asintió con un gesto... Luego, desviando la mirada, susurró:

—Hay algo más, Carson... Algo que en realidad es lo que me ha impulsado a aclarar las cosas para saber con certeza si soy un asesino loco, o estoy perdiendo la razón al imaginar lo que todos dicen que es una pesadilla...

—¿De qué está hablando?

—Verá... En el puño derecho de la camisa que llevaba aquella noche... hay una pequeña mancha de sangre...

Estupefacto, le miré para asegurarme de que estaba hablando en serio.

—¿Sangre? —balbucí, como un tonto.

—Sin la menor duda.

—¿Conserva esa camisa?

—Sí.

—¿Sin lavar, o sea, con esa mancha?

—Así es.

—Bueno, vámonos —decidí abruptamente—. No quiero acabar volviéndome majareta yo también.

Se levantó y me siguió con la docilidad de un perrito.

# CAPÍTULO III

Detuve el auto lo más aproximado posible al lugar donde la niebla me detuviera, tres noches antes. Encendí un cigarrillo y comenté:

—A partir de aquí no tengo nada para guiarme, de manera que deberá usted hacer un esfuerzo y recordar. Cuando apareció lo hizo por allí, procedente de la playa.

Nos apeamos y dimos principio al reconocimiento del terreno. Pocos minutos más tarde, Grant Farrell se detuvo en seco.

—¿Ve ese camino? Juraría que fue por él que metí el coche.

Era un estrecho desvío que descendía en suave declive hacia el mar. Había innumerables huellas de neumáticos, de manera que era imposible guiarse por ese indicio. Debía ser un lugar frecuentado por las parejas que buscan esos puntos solitarios, con rocas y ensenadas donde pasar inadvertidos.

Descendimos por él, hasta encontrar un montón de grandes piedras.

—Aquí es donde creo que dejé el «Cadillac». ¿Cómo puede ser todo esto fruto de una pesadilla si recuerdo esos detalles?

—No me lo pregunte a mí. ¿Alguna vez había venido a nadar por estos alrededores?

—Nunca. Ya le dije que desconocía esa parte de la costa... Linda me guio... Suponiendo que lo hiciera...

Anduvimos hundiendo los pies en la arena. De vez en cuando, el rumor de un coche deslizándose raudo por la cercana carretera rompía el monótono chapoteo de las olas. Ninguno de nosotros despegó otra vez los labios hasta que la cabaña apareció ante nuestros ojos.

—¿Es esta? —pregunté, deteniéndome.

—Habría jurado que sí hasta que la visité, al amanecer...

—Echaremos un vistazo de todas maneras. Supongo que la cerradura continuará rota...

—Dejé la puerta entornada, pero no podía cerrarse después que la violenté.

Reanudamos la marcha. La cabaña era de las más lujosas que yo había visto. Estaba construida sobre unos pilares de cemento que la

elevaban por encima de la playa casi un metro. Unos escalones de madera conducían al pequeño porche y a la puerta.

Tuvimos la primera sorpresa cuando empujé ésta, seguro que se abriría sin dificultad. No obstante, resistió el empuje. Estaba cerrada con llave.

—Vamos a ver —mascullé, desconcertado—. O está equivocado una vez más y no fue esta la cabaña que examinó usted al amanecer, o alguien ha reparado el desperfecto que usted causó. ¿Qué le parece?

—Es esta sin la menor duda. Para entonces ya no estaba tan borracho. Lo recuerdo perfectamente.

—Bien, entonces...

Me incliné para inspeccionar la cerradura. No cabía duda que la habían cambiado recientemente.

—La han reparado —dije—. Lo cual indica que estamos donde queríamos.

Sólo para asegurarme, llamé con los nudillos y aguardamos con los nervios tensos. Nadie respondió.

—Voy a abrir esa puerta —decidí—, aunque lo haré de manera que no queden señales de nuestro paso.

Saqué una delicada ganzúa y me puse al trabajo. Diez minutos más tarde la cerradura cedió con un chasquido y penetramos al interior.

—Todo está igual que en mi recuerdo —musitó el actor, impresionado.

—Su recuerdo puede muy bien retener lo que vio en la visita que hizo usted aquí al amanecer, confundiéndole.

—¡No, maldita sea! Recuerdo estos muebles, y a Linda danzando ahí... y el tocadiscos automático...

—Pero aquí no hay huellas de sangre ni de desorden. Y menos de un cadáver. Además, veo que parte del suelo está cubierto por alfombras rústicas. La sangre, en ellas, hubiera sido casi imposible de eliminar.

—No había alfombras aquella noche... —murmuró, estupefacto.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. Si no recuerda eso es que ésta no es la cabaña.

—Pueden haberlas colocado después.

—Y pueden haber enterrado dos docenas de cadáveres en tres días, seguro. Levante las alfombras.

—¿Cómo?

—¡Levántatelas!

Lo hizo. Si había esperado encontrar manchas de sangre debajo

se llevó un chasco. El suelo de tablas estaba limpio, a excepción de un poco de polvo de arena fuera del recuadro de las alfombras de colorines.

—Ahí tiene —gruñí—. O esta no es la cabaña, o usted soñó todo ese gran drama que me ha contado.

—No es posible... ¡Dios santo! ¿Estaré volviéndome loco?

Lo dejé lamentándose y me acerqué al gran aparato estereofónico. Había un montón de discos colocados en el soporte automático. Inclinándome, leí el título del que estaba debajo y que forzosamente debió ser el último que funcionó.

—¿Recuerda usted qué música estaba tocando este trasto cuando ella empezó a danzar?

Respingó al volverse hacia mí.

—¡No se me había ocurrido...!

—¿Lo recuerda sí o no, Farrell?

—Recuerdo la melodía. Si título es... ¡Dios, lo he escuchado centenares de veces...! «Ven a mis brazos», eso es.

Un escalofrío subió por mi espalda al comprobar que aquel era el título del disco colocado sobre el plato.

Luego pensé que podía haber leído el nombre de la canción en su visita a la cabaña, al amanecer de aquella maldita noche. Pero eso no aclaraba nada tampoco, porque era indudable que Farrell tenía sumo interés en aclarar las cosas y no en confundirlas.

—Eso puede ser una casualidad —gruñí—. Apuesto que hay un par de docenas de cabañas como esta en las playas de Beach City. Vamos, seguiremos buscando.

—Pero es todo tan exacto a como lo recuerdo...

—¿Quiere que ponga en marcha el tocadiscos? Quizá la música, si realmente la oyó, despierte su mente y permita que recuerde otros detalles...

—¡No!

Le miré con curiosidad. Su voz había sido casi histérica.

—No —murmuró en otro tono—. Creo que si escuchaba esa condenada música, aquí dentro, volvería a ver a Linda bailando y despojándose de sus ropas...

—Entonces, larguémonos de una vez.

No respondió; miraba a su alrededor con aspecto aturdido. Saqué un cigarrillo y justo cuando acababa de encenderlo una voz desconocida me obligó a dar un salto.

—¿Qué demonios están ustedes haciendo aquí?

Me volví en redondo. El hombre estaba parado en el marco de la puerta, envuelto por la brillante claridad del sol que entraba a

raudales. Era un tipo alto y flexible, vestido con un pantalón blanco y una camisa floreada, suelta y abierta lo suficiente para mostrar su velludo torso. No pude verle bien las facciones a causa de tener el sol a sus espaldas, deslumbrándome.

Farrell dio un paso hacia él, confundido y luchando por encontrar una explicación razonable. Por mi parte, exhalé el humo con fuerza y dije:

—Esta va a ser una reunión animada. ¿Es usted el propietario de esta choza acaso?

—De momento yo hago las preguntas —rezongó, entrando. Entonces distinguí su cara y mis nervios dieron un tirón. El tipo se detuvo a dos pasos de mí y añadió—: Supongo que fueron ustedes también los que descerrajaron la puerta hace un par de días... ¿Puedo saber que andan buscando en mi cabaña?

—Ojalá lo supiera —suspiré resignadamente—. Intentamos localizar una de estas casas... Una determinada, ¿comprende? Nos hemos metido en ésta porque...

—Basta de cuentos. Es la segunda vez que hacen eso. Debieron pensarlo mucho antes de repetir la broma. Ahora voy a quitarles los deseos de estropear puertas...

—¿Cómo piensa hacerlo, propinándonos una azotaina? No sea estúpido y deje que le explique.

—No me interesan sus explicaciones. Me costó diez dólares esa cerradura nueva, más otros diez del carpintero. Además, es muy sospechoso su interés por mi cabaña... Creo que al jefe de policía de Beach City le interesará echarles el guante. Voy a telefonearle ahora mismo.

Le enseñé los dientes en una fría sonrisa:

—No creo que se lo permita —dije con calma—. No me interesa meter a la policía de Beach City en esto.

No replicó. Todo lo que hizo fue introducir la mano derecha dentro de la abierta camisa, a la altura de la cintura, y sacarla empuñando una plana pistola automática. Debía llevar una funda sujeta al cinturón por lo que calculé.

—Usted se mantendrá muy quieto, amigo —amenazó, desplazándose a un lado—. Y lo mismo le digo a usted, a menos que quieran recibir un balazo.

Me aparté de él y acabé apoyándome en el gran tocadiscos automático. Contemplé cómo abría una pequeña alacena y sacaba de ella un aparato telefónico. Sólo entonces comenté:

—Ya imaginaba que no andaría usted por el mundo sin artillería, Tagliano.

Pegó un respingo y por un instante olvidóse del teléfono, mirándome con ojos muy brillantes.

—De manera que sabe quién soy —rezongó.

—He visto su cara en los periódicos algunas veces. También he tenido ocasión de contemplar fotografías que la policía conserva en sus ficheros... No le favorecen precisamente, según mi opinión.

Rechinó los dientes de furia, pero agudizó su atención sobre mí. Era lo que yo deseaba, que se olvidase del teléfono por el momento.

—Su cara tampoco me es desconocida... Voy a identificarle ahora mismo, entrometido. Saque sus documentos con mucho cuidado... Le meteré un balazo a la menor oportunidad.

Farrell salió de su estupor y masculló:

—¡Usted no tiene derecho a...!

—¡Cállese! —grité—. Bunny Tagliano es un personaje importante. Tiene todos los derechos del mundo mientras sea quien sostiene la artillería en la mano.

—Un chico inteligente —comentó, burlón—. Veamos esos papeles.

Me enderecé, iniciando el ademán de introducir la mano en el bolsillo. En lugar de hacer eso, con la izquierda arranqué un puñado de discos de su soporte y con el mismo movimiento los lancé furiosamente contra el pistolero.

No me entretuve esperando el impacto. Salté de costado en el instante que él apretaba el gatillo. Sonó el seco estampido de la automática, una bala hizo añicos los controles del estereofónico y la lluvia de discos se estrelló contra la cara de Tagliano.

Lanzó un juramento. Me reí cuando salté sobre él y le descargué un mazazo entre los ojos que lo arrancó del suelo igual que empujado por un huracán. Tan pronto rodó por el suelo salté de nuevo, y esta vez le aplasté la mano que todavía sostenía la pistola. Cargué todo mi peso en el pie que aprisionaba su muñeca y el *gansgster* dejó escapar un aullido de dolor salvaje, pero soltó el arma, que era justamente lo que yo deseaba. Entonces le dejé libre y aguardé junto a él.

Se incorporó rugiendo de furor. Tan pronto lo tuve al alcance de la mano, le disparé un gancho al mentón que estalló como una bomba.

Voló materialmente hasta estrellarse contra el aparato tocadiscos, y ambos rodaron por el suelo con un estrépito de todos los demonios.

—Eso acaba con la discusión —jadeé, excitado.

—Oiga, Carson...

—Espere, Farrell; ya hablaremos después.

Saqué el pañuelo y protegiéndome la mano con él, tomé la automática. Extraje el cargador y vacié los cartuchos en mi bolsillo. Luego saqué también el que había en la recámara y hecho esto dejé caer otra vez el arma.

—Ahora podemos largarnos. No creo que tarde mucho en revivir ese matarife.

—No debía usted haberlo golpeado de esta manera, Carson. ¡Maldita sea! Él tenía razón. Nosotros hemos allanado su cabaña, ¿no quiere comprender eso?

—No se puede razonar con un tipo como Tagliano. ¿Nunca ha oído usted hablar de él?

—No.

Abandonamos la cabaña sin perder más tiempo. Mientras nos alejábamos, el actor refunfuñó:

—Opino que se ha pasado usted de rosca. Por un momento creí que iba a matarlo.

—El país respirará más libremente el día que alguien lo haga. Tagliano es uno de los cabecillas del crimen organizado. Bien respaldado, con pistoleros a sus órdenes, carente de escrúpulos, tiene más delitos en su cuenta que pelos en su cabeza. Naturalmente, nunca han podido probarle nada grave... Y lo de menor cuantía lo han arreglado sus picapleitos amaestrados. ¿Todavía opina que debimos perder el tiempo pidiéndole disculpas?

—Está bien, pero él estaba en su derecho al pedimos cuentas de nuestra intromisión.

—Seguro. Pero si hubiera llamado a la policía de Beach City ahora estaríamos pasándolo muy mal. Conozco sus métodos, de manera que cierre el pico y larguémonos de aquí cuanto antes.

Calló y no despegó los labios casi en todo el viaje de regreso.

# CAPÍTULO IV

La cadena se puso en marcha tan pronto anuncié mi nombre a la recepcionista número uno. Esta empleó cerca de un minuto en transmitirlo a otra recepcionista invisible, y ésta algunos más en hacerlo rodar de un escalafón a otro hasta llegar a la primera secretaria personal del gran productor.

A partir de la primera secretaria la cosa fue más despacio. Imaginé que hubo ciertas conferencias, algunos conciliábulos en voz baja mientras las secretarias de alta graduación masticaban mi apellido como si fuera chicle, intentando averiguar si yo era lo bastante importante como para anunciarme siquiera al gran hombre.

Veinte minutos más tarde, la recepcionista número uno me llamó, señalándome una puerta de cristales esmerilados.

—Suba —dijo—. Alguien estará esperándole arriba.

Subí. Alguien estaba esperándome, en efecto.

Una rubia leonada, de cuerpo ondulante, senos atrevidos y caderas ampulosas bajo una cintura inverosímil. Unas elegantes gafas daban cierto misterio a su rostro sensual.

—¿El señor Carson? —musitó, con la misma voz que si estuviera insinuándome la posibilidad de llegar a un entendimiento.

—Mike Carson.

—El señor Parnel le recibirá —anunció en el mismo tono—. Por aquí, tenga la bondad de seguirme...

La seguí y acabé convencido de que todos los chismes que se cuentan de la gente del cine son ciertos. No se puede trabajar con mujeres como aquella sin que se alborote la sangre.

Nos detuvimos ante una gran puerta de caoba. Ella pulsó un pequeño botón y esperando hasta que, medio minuto más tarde, una luz verde se encendió a un lado.

—Pase usted —murmuró, abriendo las grandes puertas.

Randy Parnel, el todopoderoso productor de «series» de gran éxito, apenas si levantó la cabeza del montón de papeles que estaba examinando cuando entré. Las puertas se cerraron en silencio detrás de mí y dentro de la reluciente oficina todo fue quietud. Anduve sobre la gruesa alfombra hasta detenerme frente al gran hombre.

En realidad, era pequeño y delgado, con cara de halcón y ojos vivos y brillantes, despiadados. Me pareció tan humano como una hiena.

—Siéntese, Carson. Grant Farrell me ha telefoneado para pedirme que hablase con usted... Bueno, he accedido a recibirle, pero no dispongo de mucho tiempo.

—No me extenderé en preliminares. Farrell me ha contratado para que trate de descubrir qué hay de cierto en esa especie de pesadilla que le inquieta. ¿Le ha hablado de eso?

—Efectivamente. Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

—Muy bien. ¿Qué sucedió en su fiesta?

Parpadeó. Sus helados ojos me examinaron con indiferencia.

—Nada de particular. Todas esas francachelas son iguales. Todo el mundo bebe más de la cuenta. Grant bebió más que nadie, se peleó con Martine y al final cayó al suelo como si le hubiesen golpeado con un mazo. Eso fue todo.

—Usted lo llevó a uno de sus dormitorios. ¿No es cierto?

—Seguro. Weldon me ayudó. Farrell es demasiado pesado para mí.

—Okey. Ahora hábleme de Linda Keeley.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ese tonto... No debió meterle a usted en esto. No fue más que una pesadilla endiablada... Lo cierto es, Carson, que no existió esa mujer. Es un producto de la imaginación de Grant, sin la menor duda.

—¿No estuvo en su fiesta?

—Naturalmente que no. Puede preguntarle eso mismo a los demás.

—Lo haré, pero ahora se lo pregunto a usted. ¿Conoce por lo menos a esa chica?

—Personalmente no, aunque sé que ha trabajado para nuestra compañía un par de veces. Orchman podrá darle detalles; él la dirigió en ambas ocasiones.

—Lo recordaré. Cuando usted y Weldon acostaron a Farrell, debieron quitarle la chaqueta y la corbata, ¿no fue así?

—En efecto. Un smoking blanco y una corbata de lazo.

—¿Dónde han ido a parar?

Se encogió de hombros.

—Supongo que cuando se marchó se lo llevaría... Cuando, al terminar la fiesta, entré en la habitación para ver si necesitaba algo, había desaparecido, y con él esas prendas.

—Un hombre tan borracho como se supone que estaba Farrell no

se entretiene en buscar su corbata en un caso así...

—La corbata estaba sobre la chaqueta, en una silla.

—¿Tiene también una idea de cómo demonios se desplazó Farrell hasta el lugar donde yo lo encontré aquella noche? Desde su residencia hasta aquel punto de la playa hay un poco más de veinte millas, lo he comprobado.

—Escúcheme, Carson; ¿quiere dar a entender que cree usted esa sarta de desvaríos con que Farrell nos ha vuelto locos?

—Creo en que el actor apareció en la carretera. Yo tropecé con él. Y también es indiscutible que esas prendas de ropa han desaparecido. Lo demás está por demostrar. Pero hay algo detrás del relato de ese muchacho y usted lo sabe, aunque por alguna oscura razón que no acierto a comprender de momento trata de restarle importancia. ¿Responde eso a su pregunta?

Sus ojos despiadados chispearon con ira mal contenida.

—No sea absurdo —rezongó—. Aprecio a Grant... En realidad, todos los que le han tratado alguna vez se sienten atraídos por su personalidad. Es un gran muchacho, un gran actor con talento suficiente para llegar a la máxima categoría dentro de su profesión. Y es honesto en extremo, cosa que no puede decirse ni del dos por mil de actores de su talla... Por todo esto soy el primero en desear que esa pesadilla que le tortura se desvanezca. Pero estoy seguro que no lo conseguirá mientras ande usted por en medio embrollando las cosas. Creo que me he expresado con claridad, ¿no es así?

—Por supuesto, con mucha claridad.

—Lo celebro. Comprendo que usted debe justificar sus honorarios, pero no le permitiré que lo haga a costa de la tranquilidad del pobre Grant. Ahora está usted advertido y...

—Y usted demuestra un gran interés en apartarme de este lío. Me pregunto si todos los demás adoptarán la misma actitud. Orchman, Weldon, el doctor Jasper Greentree y las chicas... ¿Acaso les ha aleccionado usted ya?

Se levantó despacio, rígido como un poste.

—Es mejor que se vaya de aquí, Carson —farfulló—. No debí acceder a recibirle...

—Eso es cierto. O debió negarse a recibirme, o al hacerlo debió usted hablarme con sinceridad. No hace más que afirmarme en mi idea de que algo sucio se está cociendo en el fondo de este embrollo saturado de alcohol. Volveremos a vernos, señor Parnel.

—Lo dudo.

Me detuve a mitad de camino de la puerta. Durante un instante

contemplé al hombrecillo con mirada crítica. Después le espeté:

—¿Sabe usted una cosa, señor Parnel? No cabe duda que Linda Keeley no es ningún fantasma, sino una mujer de carne y hueso. Se me ocurre que si damos con ella demostraremos que Farrell está siendo víctima de una pesadilla. Si damos con ella, viva, claro está...

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Dé usted orden a su departamento de personal para que me faciliten la dirección de esa muchacha. Creo que tiene usted tanto interés como Farrell en demostrar la verdad, ¿no es así?

Titubeó unos segundos. Le había pillado y él lo sabía, así que descolgó el teléfono y gruñó una orden. Después de colgar el aparato me señaló la puerta con ademán rígido.

—Salga de aquí, Carson, y no vuelva. Ahí fuera, la secretaria le facilitará las señas de Linda Keeley.

—Ajá, eso se llama colaboración.

Salí, pensando en la ira mal disimulada del gran hombrecillo.

Tal como me había anunciado, la explosiva secretaria me entregó una cartulina con el nombre y la dirección de la muchacha, de manera que abandoné el inmenso edifico de la productora tanto o más preocupado que cuando entrara en él...

# CAPÍTULO V

El apartamiento resultó uno de esos cuchitriles de precio medio, amueblado en serie, sin ningún detalle que reflejase la personalidad de sus ocupantes y bastante descuidado.

Cerré la puerta con cuidado detrás de mí, guardé la pequeña ganzúa en el bolsillo y lo recorrí de punta a punta sólo para acabar de asegurarme de que su propietaria no estaba allí, durmiendo alguna de sus borracheras.

Después de eso inicié un metódico registro. Encontré una selecta variedad de vestidos en un ropero. La muchacha debía emplear todos sus ingresos en comprarse ropas de precio, supuse que para frecuentar los círculos cinematográficos. Había también una extensa colección de zapatos y bolsos, y un par de cajones repletos de suave ropa interior.

Pero no había nada que reflejase la personalidad de Linda Keeley.

El resto de la vivienda resultó tan impersonal como el dormitorio, si exceptuamos un mueble bar bien surtido. Contenía cinco botellas de whisky de importación, una de ginebra y otros licores exóticos. Por lo visto, a la dama le gustaba empinar el codo.

Descubrí un montón de revistas en un rincón, todas atrasadas. Algunos periódicos, también viejos, y varios paquetes de cigarrillos vacíos, arrugados y hechos una bola, esparcidos por todas partes.

Sobre un estante, y colocadas en marcos de madera tallada, una serie de fotografías de hombres de todas las edades y apariencias debían representar la corte de admiradores de la muchacha. Estuve contemplando un rato las caras de todos ellos, pero no pude reconocer ni uno solo.

Después, cuando ya me había dado por vencido, descubrí el marco detrás del montón de revistas. Era un marco de madera exactamente igual a los otros que contenían las fotografías. Sólo que éste estaba vacío. Antes de tocarlo estuve reflexionando a toda presión sobre las posibilidades de semejante hallazgo. Había el cristal y el rectángulo de plástico que servía para sostener apretada la fotografía... Era indudable que alguien la había sacado recientemente.

Muy curioso...

Rompí una página de un periódico y valiéndome del papel tomé el marco, lo envolví en la misma página y lo guardé en el bolsillo con una vaga idea de lo que debía hacer con él.

Entonces, el sonido del timbre me dejó petrificado.

Quien fuera que llamaba parecía tener prisa. Repitió la llamada al cabo de unos segundos, y todavía siguió oprimiendo el timbre con insistencia después de esos intentos.

Después de una corta vacilación, me acerqué a la puerta y la abrí de golpe.

Me encontré mirando la cara tensa de una muchacha de unos veintidós años, rubia y con ojos muy azules. Llevaba un vestido ligero de verano, blanco y tan ceñido a sus prominentes curvas que resultaba increíble que no estallara. Era la chica más linda que yo había conocido nunca, y hay chicas lindas a paladas en Hollywood.

—¡Oh! —balbució—. ¿Quién es usted?

—¿Y usted?

—¿No está aquí Linda?

—Si hablamos con preguntas y más preguntas no llegaremos a ninguna parte. ¿Cómo se llama, encanto?

—Alma... Alma Logan. Deseo ver a Linda Keeley.

—Pase.

Lo hizo tras un titubeo. Yo cerré la puerta y la acompañé al interior del apartamiento.

—Siéntese —dije—. Linda no tardará en llegar.

—Creía que estaba aquí... Yo... Creo que es mejor que me vaya. Volveré más tarde y...

—Por favor, siéntese. No voy a comerla, a pesar de que debe ser usted deliciosa. Pero yo también aguardo a Linda Keeley, ¿comprende?

—¿Y cómo ha entrado usted, si está esperándola?

—Este... Ella me ha autorizado, naturalmente. Por eso sé que no puede tardar en volver.

Se sentó en el borde de una butaca, rígida y alerta. No se fiaba de mí en absoluto.

—No me ha dicho su nombre —me recordó.

—Mike Carson, pero puede llamarme Mike sin más trámites. Todo el mundo lo hace así. ¿Qué desea usted de Linda?

—Eso se lo diré a ella en persona.

—Tal vez debería decírmelo a mí. Es posible que los dos estemos aquí por la misma causa —dije, con ánimo de hacerla hablar.

—No lo creo. Yo... Bueno, se trata de Laurie.

—¿Sí?

Trató de sonreír, pero estaba demasiado tensa para lograrlo.

—Naturalmente, usted no conoce a Laurie —murmuró.

Acerqué una silla y me instalé frente a la muchacha. Era tan deliciosa que uno no se cansaba nunca de mirarla. Parecía tan natural, fresca y limpia como un arroyuelo en las montañas, lejos de la sofisticada falsedad de la mayoría de mujeres que pululan por el imperio del celuloide.

—Eso es cierto —convine—, pero puede hablarme de ella si eso la tranquiliza. Noto que está nerviosa y excitada... ¿Por qué, Alma?

—No comprendo su interés. Formula una pregunta tras otra... ¿Quiere decirme quién es usted realmente, señor Carson?

—Hemos quedado que me llamaría Mike.

—No importa cómo le llame. Deseo saber quién es, no su nombre. Después de todo, está usted en el apartamiento de una mujer cuando ésta ni siquiera está en casa...

—¿Cree que soy un ladrón? —reí, ofreciéndole un cigarrillo.

—Podría serlo.

—Tonterías. No hubiese permitido que usted me viera si fuera así. Soy detective.

Respingó en la butaca. Por un instante, asomó cierto temor a su mirada, pero se rehízo pronto y murmuró:

—¡Un policía! ¿Qué está haciendo aquí?

—Ya se lo he dicho; esperar a Linda Keeley.

Lo pensó durante unos segundos, perpleja. Después susurró entre dientes, tan bajo que apenas si entendí sus palabras:

—Debí suponerlo... Eso tenía que suceder...

—¿Por qué dice que tenía que suceder?

—Está tratando de hacerme hablar, ¿no es así?

—En parte solamente. Para obligarla a hablar podría utilizar otros medios más desagradables. Espero que sea usted buena chica y me cuente lo que la preocupa.

—Mis preocupaciones no son de la incumbencia de la policía...

—Si sus preocupaciones están relacionadas con Linda Keeley, debo decirle que sí son de mi incumbencia. Hábleme de Linda para empezar.

No pudo disimular el temor. Realmente, mientras siguiera creyendo que yo era policía quedaba la esperanza de que confesara algo que fuera de interés para mí.

Cuando se decidió, dijo con voz débil:

—Tanto si lo cree como si no, apenas sé nada de Linda, excepto que no es buena... En realidad, es ella quien ha arrastrado a Laurie

a... al mismo desenfreno en que ella vive. Laurie no era así antes de conocer a Linda.

—¿No era cómo?

—¿No lo entiende? —suspiró—. Se pasa las noches enteras fuera de casa... y cuando vuelve parece una vieja. Y bebe continuamente, y creo que... que fuma marihuana... o toma algo peor.

—¿Y usted cree que es Linda quien la aficionó a esos excesos?

—Estoy segura. Laurie me lo confesó hace unos días.

—¿Le confesó también que toma drogas?

—No, eso lo he supuesto yo al ver su estado... su aspecto. Es terrible.

—¿Qué es Laurie para usted, su hermana acaso?

—Oh, no; sólo somos amigas. Compartimos el mismo apartamiento, pero nos conocemos desde que éramos chiquillas. Entonces vivíamos en la misma calle, frente por frente.

—Ya veo... ¿Qué pretendía usted al venir aquí, Alma?

—Yo... pensaba hablar con Linda. Exigirle que dejara en paz a Laurie o la denunciaría por haberla inducido a tomar estupefacientes...

—Pero acaba usted de decir que no estaba segura de que Laurie los tomara.

—¡Lo sé, lo sé, pero sólo pretendía asustarla! Si lo conseguía quizá dejase de interesarse por Laurie y... y entonces podría volver a ser la misma de antes.

—¿Sabe su amiga que ha venido a ver a Linda con ese propósito?

—¡Dios mío, no! Se pondría furiosa... Además, no sé dónde está. Se marchó hace cuatro o cinco días y todavía no ha vuelto. Cada vez sus ausencias son más largas... Creo que se va fuera de la ciudad, y pasa días enteros envuelta en orgías desenfrenadas, al igual que Linda... Luego, cuando regresa, parece una vieja. Tarda varios días en reponerse.

—¿Cree usted que es Linda quien le facilita las drogas, si es que las toma en realidad?

—No lo sé. Ya le he dicho lo que pensaba hacer al respecto.

—¿No sabe qué lugares son los que frecuenta su amiga?

—Nunca ha querido decírmelo. Todo lo más que ha dejado entrever es que esas... fiestas, se celebran en casas de las afueras, preferentemente en las montañas, donde no es fácil que haya curiosos espiando.

—Es lógico... ¿Eso es todo lo que puede decirme de Linda Keeley?

—No se me ocurre nada más, excepto que es una cualquiera...

Miró su relojito de pulsera con un gesto de impaciencia. Me apresuré a advertirle que no debía precipitarse, que Linda todavía podía llegar de un momento a otro...

—Pero ya está usted aquí —replicó—. Creo que no es preciso que sea yo quien intente asustarla. Cuando se vea ante la policía quizá decida cambiar de conducta...

—Esa clase de mujeres no cambian tan fácilmente, Alma.

Se levantó, inquieta.

—Debo irme —decidió—. Cuanto más pienso en lo que intentaba hacer, más ridículo me parece. Usted tiene razón; esa clase de mujerzuelas son terribles... No deben asustarse con facilidad.

Busqué un pretexto para retenerla un poco más, pero no encontré nada lo bastante sólido para conseguirlo, de manera que me conformé con pedirle su dirección, con la excusa de que tal vez fuera necesario hacerle algunas preguntas más, y la vi marchar con su andar alado y grácil. En el aire viciado del apartamiento quedó flotando su cálida fragancia.

Esperé unos minutos, para darle tiempo a alejarse, y luego yo también me largué, seguro de que Linda, tanto si estaba viva como muerta, no iba a aparecer por casa de momento.

Así que decidí aprovechar el tiempo y hacer algo con el marco que llevaba en el bolsillo.

# CAPÍTULO VI

El teniente Crane me miró a través de la mesa. Profundas arrugas surcaban su despejada frente y había una lucecilla de sospecha en sus ojos claros.

—Así que se trata de un caso de rutina —rezongó—. No obstante, quieres que saquemos las huellas dactilares de ese marco en plan estrictamente confidencial. ¿Crees que podrás embaucarme como de costumbre, Mike?

—Te aseguro que se trata de una comprobación de rutina. Todo lo que quiero es tener las impresiones digitales del último que haya tocado ese cuadro para retirar la fotografía. Pero no voy a utilizar ese dato si no es estrictamente necesario.

—No me has dicho nada. Tú puedes considerar que es «estrictamente» necesario, aunque sea una felonía lo que estés haciendo. Otras veces has manejado asuntos sucios, proporcionándome dolores de cabeza. No estoy dispuesto a empezar otra vez.

—¿Te he defraudado en alguna ocasión, Crane?

Resopló como un fuelle, pero no respondió. Estuvo mirando el marco, con su cristal un tanto sucio, y acabó asintiendo con un gesto de cabeza.

—Lo haré —gruñó—, pero me quedaré con un juego de cada una de las huellas que aparezcan ahí, sólo por si más adelante surge cualquier cosa que me obligue a utilizarlas. ¿Conforme?

—Ahora eres tú quien habla sin decirme nada. Yo sabía que te quedarías con una copia.

Sonrió levemente, envolvió otra vez el cuadro y lo apartó a un lado.

—¿Qué clase de investigación es la que estás realizando, Mike?

—Todo lo que puedo decirte es que se trata de la pesadilla de un borracho. Hasta el momento, no he dado un solo paso adelante.

—Ya imaginaba que dirías algo semejante. ¿Tienes alguna otra idea chispeante en la mente, o puedes dejarme trabajar un rato con tranquilidad?

—No necesitas tantos rodeos para decirme que me largue. Pero antes de devolverte la paz de conciencia, dime qué sabes respecto a

la policía de Beach City.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—¿A qué viene eso, Mike?

—Es sólo curiosidad, Crane. Estuve a punto de ir a parar a sus garras.

—No puedo hablarte mal de quienes son mis colegas... hasta cierto punto. Corren muchos rumores sobre algunos de sus oficiales. Rumores en descrédito de su ética profesional, a su rudeza de métodos... y cosas más graves.

—¿Soborno quizá?

—No puede hablarse así careciendo de toda evidencia, Mike.

—Bueno, entre tú y yo podemos dejar los eufemismos de lado. Te diré que cuando un hijo de perra como Bunny Tagliano está dispuesto a recurrir a la policía, no puedo menos que empezar a preocuparme.

Se enderezó como si acabasen de pincharlo.

—¿Tagliano? —exclamó—. ¿Dónde entra ese alacrán en tu embrollo particular, Mike?

—En ninguna parte. Tropecé con él accidentalmente. Me amenazó con una pistola para mantenerme quieto mientras él pedía ayuda a la policía de Beach City.

—Ya veo. ¿Qué sucedió después?

—Bueno, tú sabes... No pude estarme quieto.

Esbozó una sonrisa algo más animada.

—¿Le convenciste de que debía desistir de sus propósitos?

—Esa es una manera tan buena de decir lo que sucedió como otra cualquiera. La verdad es que tuve que aporrearlo un poco.

—¿No tenía a sus esbirros por los alrededores?

—No. Apareció solo en la cabaña y...

—¿En qué cabaña?

Me pasé la mano por la cabeza en un gesto de perplejidad.

—Creo que estoy hablando demasiado —rezongué—. Era una cabaña a la que había entrado para buscar ciertos datos... Pero me equivoqué, metiéndome en una que pertenece a Tagliano. Así fue cómo me sorprendió.

—Ajá... Te equivocaste, ¿eh?

Asentí con un gesto.

—No empieces a fabricar castillos en el aire, Crane —le aconsejé amablemente—. Te aseguro que no andaba buscándole las cosquillas a ese bastardo.

—Quizá no, pero me pregunto si no te las buscará él a ti después de la... digamos discusión que mantuvo contigo.

—Creo que no hará nada de eso. Además, no tuvo tiempo de identificarme.

—Averiguar tu identidad no es nada difícil, sobre todo para un tipo como Bunny. Últimamente, has permitido que los periódicos hablasen de ti con frecuencia y esa clase de publicidad puede serte fatal cualquier día.

—Está bien, lo tendré en cuenta, Crane. Gracias por todo. Pasaré a recoger el resultado de tus desvelos con ese marco. Hasta entonces, no te preocupes demasiado por mis problemas.

Salí de su despacho, seguro de haber excitado su curiosidad lo suficiente para tratar de identificar en todos sus ficheros al propietario, o propietaria, de las huellas que apareciesen en el cuadro. Conseguir eso a base de ruegos me habría costado mucho más trabajo que poniéndole la mosca en la oreja.

Casi anochecía cuando detuve el auto ante la verja de la deslumbrante residencia del doctor Jasper. Ante tanta magnificencia, no cabía duda de que en Hollywood había neuróticos suficientes para permitir que un reductor de cabezas viviera como un rajá.

Por lo visto, Farrell le había anunciado también mi visita, porque no me costó ningún esfuerzo ser introducido a presencia de aquel pozo de ciencia.

Era un hombrecillo delgado y casi tan alto como yo, pero de aspecto tan frágil como una porcelana china. Lucía una cabellera enmarañada, completamente plateada a pesar de que no llegaría a los cincuenta años. Tenía ojos extremadamente inquisitivos, frente ancha y manos femeninas. Se movía con la viveza de un muchacho y sonreía con facilidad.

—Usted es Carson —dijo, después de estrechar mi mano con inusitada energía—. Siéntese. Grant me ha pedido que le preste mi colaboración, ¿comprende? Un caso muy interesante el de ese muchacho...

—¿Interesante desde el punto de vista médico, doctor?

—Oh, naturalmente. Estoy por decirle que me fascinan las posibilidades que entraña... aunque me abstenga de intervenir debido a que aprecio en gran manera a Grant Farrell... Estoy seguro que logrará superar esa crisis por sí mismo. Pero siéntese usted. Le traeré algo de beber. ¿Whisky tal vez?

—Con un poco de hielo, gracias.

Tenía todo lo necesario para servirlo sobre una baja mesita, incluso el hielo. Cuando me entregó el vaso tomó asiento frente a mí y sus ojillos vivarachos me estudiaron con interés profesional.

—Creo que debo confesarle que aconsejé encarecidamente a Grant que no contratase a ningún detective —dijo con una sonrisa—. No me hizo caso, de manera que supongo que ahora debo someterme a su interrogatorio, ¿no es así, Carson?

—Justamente. Sospecho que será una experiencia nueva para usted, doctor.

—En efecto. Estoy acostumbrado a ser yo quien interrogue... Pero eso no importa. Pregunte lo que quiera y trataré de ayudarle.

Bebí un sorbo del excelente whisky. Después de saborearlo dije:

—Usted conoce el asunto tan bien como yo. ¿Tiene inconveniente en decirme qué opina de esa historia, doctor? Grant Farrell está seguro de que es real. ¿Qué cree usted?

—No hay nada de real en ello, amigo mío. Es un caso típico, no muy frecuente, pero sí perfectamente clasificado. Una especie de trauma mental, ¿comprende?

—Le confieso que no.

Suspiró con resignación. Aproveché para beber otro largo sorbo de licor. El añadió:

—Grant había bebido de una manera terrible. Estando ebrio, se peleó con Martine, una muchacha que está enamorada de él. Discutieron con gran violencia sin que el muchacho dejase de beber. Fue a impulsos del alcohol que abofeteó a Martine y...

—Un momento —le interrumpí—. Hasta el momento nadie me ha hablado de que la hubiese golpeado.

—Es lógico... Él debe sentirse avergonzado de su conducta con la mujer que le ama... O quizá su mente consciente ha olvidado ese lamentable episodio en un proceso de autodefensa, ¿entiende? Poco después de esa lamentable escena, Grant perdió el sentido. Cayó como fulminado por un rayo, de manera que en su mente quedó profundamente grabado el hecho de que había golpeado a una mujer... Su pesadilla fue inspirada por el remordimiento sin la menor duda. Soñó que golpeaba a una mujer hasta aplastarle la cabeza; vio sangre por todas partes; se auto acusó del crimen, como expiación por haber golpeado realmente a Martine, aunque el sujeto de su pesadilla fuese otra mujer...

—Pero soñó que mataba a una mujer en una cabaña cuyos detalles recuerda perfectamente... Y yo lo encontré a veinte millas del lugar donde se celebró la fiesta.

—Debió reaccionar después de la pesadilla y huyó. Temo que nunca averiguaremos cómo consiguió viajar hasta aquel punto de la playa, amigo mío...

—Toda esa explicación puede ser cierta y puede no serlo. Desde

mi punto de vista, Grant Farrell vio realmente a una mujer muerta en una cabaña... Su teoría, doctor, es comprensible, pero no puedo creerla. Estoy acostumbrado a enfrentarme con hechos, con pruebas que yo puedo palpar en casos de esta índole...

—No le censuro que no me crea —sonrió con cierta conmiseración, como si estuviera hablando con un retrasado mental, y tras una pausa prosiguió—: Todo lo que puedo asegurarle es que cuanto Grant cree haber vivido no es otra cosa que un proceso de repulsa mental. Se da la circunstancia de que en un hombre como él es mucho más agudo y obsesionante porque tiene un recto sentido del deber y la honestidad. En un hombre sin escrúpulos sería solamente un mal sueño que olvidaría pronto.

—Está bien, pensaré sobre esa conferencia que acaba usted de darme, doctor. Ahora dígame, por favor; ¿afirma usted que Linda Keeley no estuvo en la fiesta en ningún momento?

—Rotundamente, no asistió a la fiesta.

—¿Quiénes llevaron a Grant a la habitación, después que cayó?

—Weldon y Parnel. Entre los dos apenas si pudieron cargar con el inerte corpachón de Grant Farrell.

—¿Qué hizo Martine después que él la golpeó?

—No lo recuerda con exactitud. Sé que se echó a llorar y fue a refugiarse a un extremo de la piscina, en la sombra del jardín. Después, cuando Grant ya no estaba allí, reapareció y trató de disimular las huellas del llanto. Luego, fue de las primeras que abandonó la reunión.

Apuré el whisky que me quedaba, y levantándome, estreché la mano del médico sintiéndome más desconcertado que antes de visitarlo.

Mientras me alejaba de su residencia, me dije que toda la extensa conferencia no pasaba de ser un discurso de charlatán. Yo podía no entender nada de la ciencia de reducir cabezas, pero no me consideraba tan tonto como para engullirme aquella ensalada. ¿Qué demonios se escondía detrás de la aparente alucinación de mi cliente?

# CAPÍTULO VII

Durante todo el día siguiente anduve atareado visitando al resto de asistentes a la fiesta de Randy Parnel. Con casi unanimidad, todos declararon lo mismo. Sólo variaron algunos matices de apreciación, pero todos estuvieron de acuerdo en que lo que Farrell aseguraba haber vivido no era más que una pesadilla, producida por el excesivo consumo de whisky puro.

Incluso Martine Durke, la mujer que se suponía enamorada del actor, coincidió con todos los demás. Era una mujer de unos veintiocho años, quizá treinta, pero tan espectacular como las mujeres que uno espera encontrar en una fiesta dada por cualquiera de los «grandes» de Hollywood.

Incluso me aseguró que había perdonado a Grant su bofetón. Ella sabía que él no era responsable de sus actos y seguía queriéndole...

De manera que cuando al anochecer me encerré en mi despacho para recapacitar sobre todo aquello, me encontré en un callejón sin salida. O creía en la versión de Farrell, o me dejaba convencer por las evidencias de los demás, respecto a que el drama no había sucedido.

Si Linda Keeley apareciera todo se aclararía por sí solo. Después de lo que llevaba averiguado respecto a aquella chica, eran frecuentes en ella las largas ausencias, siempre acompañada de alguno de sus adoradores. Si entonces estaba en una de esas excursiones la cosa podría prolongarse durante días, o tal vez semanas...

Decidí hablar otra vez con mi cliente, de manera que le llamé por teléfono y concerté una entrevista para aquella misma noche.

El astro vivía en un lujoso apartamiento que debió costar un ojo de la cara. Contenía todas las comodidades imaginables, estaba decorado con gusto y los cuadros que salpicaban las paredes eran originales de cotizadas firmas mundiales.

Me hizo pasar a una especie de estudio equipado con un gran bar bien provisto.

—Tomará un whisky, Carson —dijo, pasando al otro lado de la rutilante barra—. Siéntese mientras lo preparo.

Me encaramé a un taburete y contemplé sus manejos. Los dos vasos quedaron llenos hasta su mitad de whisky puro. Después les añadió hielo en cantidad suficiente y acercó uno a donde yo esperaba. El quedose donde estaba y levantó el vaso en un brindis silencioso, tras de lo cual lo vació casi por completo de un solo trago.

Probé el mío, comprobé que era excelente, y dije:

—He hablado con todos los asistentes a la fiesta, Farrell, excepto las tres muchachas que usted mencionó. Tanto Parnel como los demás, incluida Martine Durke, declaran que Linda Keeley no estuvo allí en ningún momento, y que usted cayó al suelo cuando el alcohol le venció.

—Ya veo. ¿Ha entrevistado también al doctor Jasper?

—Seguro.

—¿Le ha expuesto él su brillante teoría sobre los reproches de mi mente y otras sandeces por el estilo?

—Sí.

—Bueno, ¿y qué opina usted?

—Prefiero no opinar por el momento. ¿Sigue usted deseando aclarar esto, Farrell, después de esas comprobaciones?

—Por supuesto. ¿O es que quiere usted abandonar el asunto?

—Nunca abandono un caso hasta el final, siempre que el cliente siga pagándome los honorarios. Ahora bien, le confieso que estoy desconcertado. Yo sé que le encontré a usted en plena carretera, junto a la playa, cuando según las declaraciones de toda esa gente debía estar durmiendo la borrachera en casa de Parnel, o por lo menos debía hacer escasos minutos que había escapado de aquella habitación en que le habían instalado. Eso me induce a creer que hay algo raro en todo este embrollo.

—Mienten, Carson —gruñó—. No sé por qué, pero mienten.

—¿Todos?

—Absolutamente todos.

—¿Qué interés pueden tener, tanto Parnel como los demás, en soltar esa sarta de embustes, suponiendo que lo sean?

—No se me ocurre ninguna razón convincente, y créame que he dedicado horas enteras a pensar en ello. No comprendo por qué lo hacen, a menos que tengan interés en volverme loco, cosa que no puedo creer. Estoy seguro que me aprecian demasiado para hacerme una cosa así...

—Está bien, Farrell; seguiré adelante. Quizá con esas chicas de que me habló tenga más suerte. Con ellas puedo utilizar otros sistemas de interrogatorio que me están vedados con gentes como

Parnel...

—¿Quiere decir que será usted más rudo con ellas?

—Mucho más rudo.

—No estoy seguro que eso me guste, Carson —rezongó.

—No se trata de que le gusten a usted mis métodos, sino de que consiga resultados. Usted me paga para que le solucione un problema. La manera cómo lo haga es cosa mía. Y ahora pasemos a otra cosa. ¿Dónde tiene usted el «Cadillac»?

—En el garaje de este edificio.

—Quiero echarle un vistazo. Llame al encargado o acompáñeme para que no me ponga dificultades.

—Le acompañaré.

Descendimos en un elevador privado hasta el sótano, donde estaba instalado el garaje. Había una docena de coches lujosos allí, además del brillante «Cadillac» del actor.

—Este es —gruñó, despidiendo al obsequioso encargado.

—¿Lo ha mandado limpiar desde aquella noche?

—No, solamente quitarle el polvo. Lo hacen cada vez que lo dejo aquí.

—Pero no lo han lavado, ¿no es cierto?

—Desde aquella noche no.

Comencé una minuciosa inspección de las ruedas. Después me tumbé sobre el suelo de cemento y examiné los tambores de los frenos y los ejes hasta que me consideré satisfecho.

Cuando salí de debajo indagué:

—Necesito saber qué trayectos ha recorrido con este coche desde la noche de la fiesta. Y trate de recordarlo con detalle.

—No comprendo adonde quiere ir a parar, pero no es difícil...

—A juzgar por la seguridad con que habló, lo recordaba perfectamente, de manera que cuando terminó, la cosa estaba clara.

—En todos esos trayectos que acaba de detallar —dije—, no hay ningún trecho con piso de arena, todos están asfaltados. No obstante, Farrell, hay restos de arena en algunos rincones de las llantas, especialmente en la parte interior. Eso demuestra que ese coche estuvo en la playa. ¿Está usted de acuerdo?

Aspiró con fuerza y asintió lentamente con un movimiento de cabeza.

—Comprendo —murmuró—. Si alguna duda podía quedarme eso la desvanece.

—Vamos, salgamos de aquí.

En la acera, encendimos un par de cigarrillos, hasta que él dijo entre dientes:

—Es espantoso, Carson... Ahora ya no me cabe duda que maté a Linda... ¡Dios! ¿Cómo pude cometer una salvajada semejante?

—No se precipite. Ahora estamos razonablemente seguros de que el «Cadillac» hundió sus ruedas en la arena. Pero todo lo concerniente al crimen está envuelto en sombras. Su identificación de la cabaña, con tanto detalle, me desconcierta. A pesar de los días transcurridos, nadie ha denunciado que haya encontrado un cadáver en una casa de la playa, y la aparición de Bunny Tagliano en medio del cuadro hace que todo sea más sórdido de lo que cabría imaginar.

—¡Maldita sea! Olvídese de ese Tagliano. Yo sé que en una cabaña hay el cuerpo de una pobre muchacha a la que maté en un arrebato de locura, o en un ataque de *delirium tremens* provocado por el alcohol. Eso es lo que cuenta... y sobre lo que debemos trabajar. No puedo permitir que ese cuerpo...

—No se dispare, amigo —le interrumpí—. ¿Por qué nadie lo ha encontrado?

—¡Caray, no sea estúpido! —estalló—. Puede estar en una de las cabañas cuyo propietario no la ha utilizado desde entonces. Imagino que habrá muchas así, que sólo sirven para fines de semanas de vez en cuando. Debe pasar mucho tiempo sin que nadie las frecuente, ¿no lo comprende?

—Tal vez... Pero me pregunto cuántas de ellas estarán equipadas con un tocadiscos estereofónico como el que vimos en la de Tagliano, y con una provisión semejante de discos.

Arrojó el cigarrillo y refunfuñó:

—Eso es lo que debe usted averiguar, Carson.

—Sí, seguro. Lo haré aunque tenga que recorrer toda la costa del Pacífico. Otra cosa, Farrell; ¿sabe usted dónde viven las chicas de que me habló? Recuerdo sus nombres, pero me parece que no pudo darme otros datos sobre ellas.

—Joyce, Mira y una pelirroja llamada Anne... No sé sus direcciones, pero Parnel puede facilitárselas.

—Me temo que Parnel no me facilite ni la hora. Nuestra entrevista no fue lo que se dice cordial, ¿comprende? Es preferible que le llame usted por teléfono y se lo pregunte. Ahorraremos tiempo

—Puedo hacerlo desde el teléfono del vestíbulo, aunque se pondrá furioso al darse cuenta que todavía sigo emperrado con esto.

—Ya se calmará. Hágalo ahora y así podré empezar esta misma noche con ellas.

El teléfono del vestíbulo del edificio estaba en una cabina

acolchada, cerca de los ascensores. El actor se encerró dentro y yo busqué una butaca en la que esperar consumiendo otro cigarrillo, preocupado por la manera cómo se presentaban las cosas. El hallazgo de arena en las llantas del «Cadillac» había venido a reafirmar mi idea de que, realmente, el actor había estacionado su coche en alguna parte de la playa.

Lo que resultaba absurdo era que tanta gente, personajes que lógicamente debían estar por encima de toda duda, se mostraran tan unánimes en afirmar que Farrell estaba en una habitación, durmiendo la borrachera, a la misma hora en que yo tropezaba con él en medio de la niebla.

Dejé de pensar en eso cuando salió de la cabina con un trozo de papel en la mano.

—Ahí va —refunfuñó—. Parnel se ha quedado vociferando sobre mi estupidez y mis ganas de tirar el dinero, pero me ha dado las señas de esas chicas...

Tomé el papel y lo guardé. Ya no quedaba nada más de que hablar, de manera que me despedí y lo dejé en medio del gran vestíbulo, inmóvil y tan preocupado o más que al principio.

Bien, ya veríamos qué decían las tres damas encargadas de llevar alegría a las fiestas de míster Parnel.

# CAPÍTULO VIII

Empecé las pesquisas entre las tres mujeres por el mismo orden con que Grant Farrell había anotado sus nombres en el trozo de papel.

La primera era Joyce, y su dirección correspondía a una colmena de apartamientos de cierta categoría, la suficiente para mantener un portero nocturno con cara de mofeta y oliendo casi igual que esos bichos.

—Sólo tenemos una inquilina de ese nombre —gruñó, tras escucharme—. De todas maneras no podrá usted verla porque está de viaje.

—¿Cuándo se marchó?

—Hace dos días. A Nueva York. Creo que la contrataron para actuar en un teatro o algo así.

—¿Se fue sola?

—Seguro.

—¿Dejó el apartamiento, o sigue conservándolo?

—¿Para qué le interesa a usted todo esto? Y ya que estamos en ello, ¿quién demonios es? ¿Policía?

—Investigador privado solamente. Eso quiere decir que poseo un par de dólares a cambio de sus respuestas.

—Ese lenguaje ya me gusta más, amigo, aunque temo que no podré darle nada que valga esos dos dólares. Ella tomó sus maletas y se largó, eso es todo.

—¿Y el apartamiento?

—Sigue conservándolo, aunque es posible que lo abandone al finalizar el trimestre que tiene pagado. No dijo nada al respecto.

—Comprendo. ¿No sabe usted quién la contrató, o a qué teatro se dirigía?

—En absoluto. Todo lo que se dignó informarme fue que la habían contratado en el Este y que se largaba. Dijo algo sobre que era la oportunidad que había estado esperando o algo así...

Puse dos billetes de dólar sobre el pupitre, desalentado, y todavía pregunté, como último recurso:

—¿Recibió visitas el último día que pasó aquí?

—Ninguna que yo sepa, aunque pudo recibirlas durante el turno

de mi compañero.

—No tiene demasiada importancia. ¿Recuerda usted si se marchó en taxi, o vino un coche a buscarla?

—En taxi, señor. Yo mismo lo llamé.

—Eso es todo por el momento, gracias.

Volví al coche con la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. O, quizá, estuviera haciendo el ridículo después de todo.

La segunda dama de la lista era Mira. Al igual que las otras dos, Farrell no había especificado el apellido, de manera que al encontrarme con una casa de apartamientos sin portero ni encargado surgieron las primeras dificultades.

Todo lo que se me ocurrió fue llamar a la primera puerta que encontré y esperar.

Cuando se abrió me encontré ante un tipo gigantesco, mal afeitado y con ojos lacrimosos que me miraron parpadeando.

—¿Qué demonio se le ha ocurrido a estas horas? —farfulló.

Eché un vistazo por su abombado tórax, cubierto solamente por una camiseta no muy limpia, y expliqué toda una historia referente a la chica llamada Mira.

Casi no me dejó terminar.

—Seguro que es la del doce B —me interrumpió—. Una fulana muy espectacular con pretensiones de gran dama. Si no es esa no me pregunte otra vez porque no sé de quién me habla.

Cerró la puerta tan rápidamente que estuvo en un tris de no pillarme las narices.

De manera que subí al tercer piso, llamé a la puerta indicada y esperé tratando de imaginarme cómo sería la morena llamada Mira.

Una voz femenina, de tono bajo, indagó quién era y qué deseaba, pero sin franquearme la entrada para nada.

—No voy a contarle mi historia desde aquí fuera —dije—. Tengo que hablar con usted. Randy Parnel me conoce, de manera que puede decirse que somos viejos amigos, Mira... ¿Quiere abrir esa condenada puerta de una vez?

—¿Quiere usted hablar con Mira?

—Naturalmente. Este es su apartamiento, ¿no es así?

—Sólo en parte...

La puerta giró sobre sus goznes y me encontré delante de una beldad sofisticada y exuberante, apenas cubierta por una ligera bata de seda que añadía un misterio sugerente a sus rotundas formas.

Pero no era morena, sino rubia como el oro, y según me pareció advertir, era su color natural. Tenía unos ojos azules en los que brillaba una suerte de especulación inquisitiva.

—Usted no es Mira —dije, colándome en el apartamiento.

Cerró y siguió inspeccionándome con interés.

—Por supuesto que no.

—Bueno, puede decirle a ella que deseo hacerle unas preguntas. Me llamo Carson, Mike Carson.

—¿Tiene mucho interés en hacerle esas preguntas?

—Si no lo tuviera no estaría aquí.

—Bueno, va a tener que viajar bastante si es tan importante su asunto con Mira...

—No me diga que también ha salido de viaje —exclamé.

—¿Cómo que también?

—Olvídelo. ¿Dónde está, en Nueva York, contratada para actuar en un teatro?

Parpadeó, un tanto desconcertada.

—¿De dónde ha sacado semejante idea?

—Sólo era eso; una idea. De manera que no se fue a Nueva York, ¿eh?

—A Florida —puso los ojos en blanco y suspiró—. ¡Imagínese! Miami...

—Ya veo.

—Siempre ha sido una chica afortunada —comentó con cierto humorismo—. Además, las coge al vuelo, ¿comprende? Las ocasiones quiero decir...

—De manera que fue una ocasión...

—Ajá... una ocasión llamada Johnny Astorg. Ya sabe, uno de esos tipos apuestos y suntuosos que abundan en los estudios, más escurridizo que una serpiente y...

—Más despacio, encanto. ¿Se largó en compañía de un tal Astorg, que conoció en los estudios?

—Eso acabo de decirle.

—¿Hace tiempo que planeaban ese viaje?

—¡Qué va, hombre! Según me contó, durante el tiempo que tardó en preparar la maleta, Astorg había sido encargado por sus jefes de localizar exteriores en Florida para un film de largo metraje, con todos los gastos pagados... Bueno, en los gastos se incluía también a la esposa de Astorg, naturalmente.

—A pesar de ser soltero..., ¿no es eso?

—Exactamente. Así fue cómo Mira consiguió su pasaje y estancia en Florida.

—Asumió el papel de esposa de ocasión. Muy bien. ¿Cuándo se marcharon?

—Hace dos días.

—Me gustaría que pudiera decirme usted por cuánto tiempo...

—Ni ella misma lo sabía cuando se fue, pero según sus cálculos iban a pasarse un par de semanas por aquel paraíso...

—Creo que fue muy modesta en esa apreciación. En fin, mala suerte. Una última pregunta y la dejo en paz... ¿En qué estudios trabaja ese Johnny Astorg?

—En los de la «Mundial».

—Ya lo imaginaba. Bueno, ha sido usted muy amable...

—Mildred —dijo con una sonrisa—. Todos mis amigos dicen que tengo nombre de solterona.

—En todo caso, es usted la solterona más adorable de cuantas he conocido. Opino que alguien debería preocuparse de eso.

—Seguro, pero..., ¿quién, por ejemplo?

Retrocedí hacia la puerta y le sonreí desde la salida, antes de largarme.

—Decididamente, monada, yo no —dije—. Hay cosas que son demasiado fuertes para mi débil corazón... Gracias de todos modos.

—Vuelva por aquí, pero no para hablar de Mira. Me interesa esa teoría suya sobre lo que alguien debería hacer... respecto a mi soltería.

—Seguro, Mildred, seguro...

Cerré y puse tierra de por medio. Ya estaba el asunto bastante complicado para embrollarlo con una vampiresa semejante.

Mientras conduje en busca de la tercera candidata de mi lista, me pregunté a dónde demonios se habría trasladado ésta. Quizá le había salido un admirador dispuesto a llevarla a China, sólo para que viera la Gran Muralla... y la recorriera a pie antes de regresar a Los Angeles.

Quizá por eso me llevé una sorpresa en toda regla al ver que quien me abría la puerta esta vez era una pelirroja sensacional, de rostro descarado y senos opulentos. Vestía una blusa anudada sobre el estómago y unos pantalones ceñidos, negros, y tan ajustados que semejaban pintados sobre su piel.

—No creo que venga usted a vender nada a estas horas —refunfuñó—. De manera que diga lo que le trae y lárguese. Estoy muy ocupada, ¿sabe?

—Preparando el equipaje, supongo...

—¿Equipaje? Oiga, míster, ¿está seguro que su cabeza le funciona bien?

—Ha sido solamente un comentario. ¿Puedo pasar, o debemos seguir hablando en el pasillo?

—No creo que tengamos nada que...

—¿Conoce a Randy Parnel? —la atajé.

—¿A Randy? Naturalmente... ¿Le ha mandado él?

—Poco más o menos.

—Podía haber empezado por ahí. Entre. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo he dicho, pero mi nombre es Mike Carson.

—Carson... Bueno, está bien, pase.

Cerró cuando hube entrado. Mientras me precedía hacia el interior, con un gran despliegue de movimiento de caderas, dijo con jovialidad demasiado exagerada:

—Los amigos de Randy son mis amigos. Le prepararé un trago y luego me dirá qué quiere el viejo mochuelo.

Dejé que preparase un vaso con whisky suficiente para una noche. Luego dije:

—Realmente, no le traigo ningún encargo de Parnel. Sólo quiero hacerle unas preguntas.

—¿Me ha mentido para que le dejara entrar? —estalló, irguiéndose.

Observé la súbita violencia que sus delgadas prendas tenían que soportar y aclaré:

—No le he mentido en absoluto. Parnel sabe que he venido a verla. Él me ha facilitado su dirección, así como su nombre, Anne. ¿Conforme ahora?

—No del todo, pero le escucharé.

Bebí un largo trago antes de proseguir.

—Quiero que me hable de la última fiesta que dio Randy Parnel. ¿La recuerda?

Sus ojos chispearon.

—Seguro. Una fiesta de Randy no se olvida más que con otra fiesta de Randy. Fue sensacional, amigo.

—Bueno, ¿a qué hora apareció por allí Linda Keeley?

Parpadeó. Sus largas pestañas abanicaron sus mejillas. Su actitud no varió, pero me pareció que se ponía alerta.

—¿Linda Keeley? —murmuró, hablando despacio—. Ella no estuvo en la fiesta. No la vi en toda la noche.

—¿Vio a Grant Farrell?

—¡Diantres, sí! Estuvo haciendo el loco toda la noche, bebió más que una esponja y al final rodó por el suelo como una pelota. Y antes le propinó un soberbio bofetón a esa pegajosa Durke... Martine, ya sabe usted de quién le estoy hablando, ¿no, Carson?

—Por supuesto. Así que Farrell agarró una borrachera de campeonato...

—¡El pobre...! Tuvieron que llevarlo a una habitación donde quedó dormido como un niño.

—Ya veo...

—¿Eso es todo lo que deseaba saber?

—Hay algunas cosas más, pero mucho me temo que esté perdiendo el tiempo.

Durante unos segundos no hablé, y ella se dedicó a mirarme con una expresión de astucia en sus bellos ojos. Cuando el silencio se le hizo violento explicó:

—Si no tiene nada más que preguntarme, le agradeceré que se vaya... Lamento parecerle poco hospitalaria, pero estoy muy ocupada con un guion y...

—¿Escribe usted guiones para el cine?

—¿Yo, escribirlos? —se echó a reír, muy divertida al parecer, y exclamó—: ¡Si me pongo mala cuando he de escribir una carta!

—Entonces no la entiendo.

—Debo estudiarlo, ¿comprende ahora? Voy a trabajar en un gran papel dentro de poco... Es la oportunidad que había esperado durante toda mi vida...

—Creo que he escuchado esta frase alguna otra vez esta noche, preciosa —rezongué, interrumpiéndola—. ¿Acierto si digo que esa película va a ser producida por la «Mundial»?

—¿Cómo lo sabe?

Pareció sinceramente sorprendida.

—Porque es la empresa que controla Randy Parnel —mascullé de mal talante—. De manera que el viejo buitre le ha dado la gran oportunidad... hace sólo un par de días.

—Justamente. Parece saberlo usted muy bien, Carson...

—Soy un gran tipo sacando deducciones, encanto. Gracias por el whisky...

Me levanté, y me encaminé a la puerta. Ella me siguió precipitadamente y me sujetó por el brazo antes que pudiera salir.

—Espere un minuto —murmuró, inquieta.

—¿Para qué?

—¿He dicho algo que no le ha gustado, acaso? Por favor, si es así no le diga a Randy que...

—Olvídelo. Su papel en la película está asegurado, si depende de lo que yo pueda decirle a Parnel sobre usted. Siga estudiando...

Cerré yo mismo, dejándola más preocupada que a mi llegada. Me dije que alguien estaba moviéndose muy rápidamente...

Demasiado tal vez.

# CAPÍTULO IX

A pesar lo avanzado de la hora, decidí que todavía podía entrevistar a otra mujer antes de ir en busca de la cama. Comenzaba a tener algunas ideas sorprendentes sobre el caso que me había caído en suerte, y a pesar de que esas ideas de momento no me llevasen a ninguna parte, bien podía seguirles el hilo hasta ver qué clase de ovillo salía al final.

De manera que me presenté en casa de Alma Logan, la hermosa joven que conociera durante mi intrusión en el apartamiento de Linda.

Descubrí que Alma ocupaba uno de esos anexos construidos a espaldas de otras casas de una planta, con entrada independiente y un diminuto jardín ante la puerta.

Había luz en una ventana, así que llamé con la seguridad de encontrarla en casa. No obstante, antes de abrir quiso asegurarse de la identidad de su visitante.

—Soy Mike Carson. Usted me conoce, ¿no recuerda?

—¡Oh, sí! —exclamó a través de la puerta—. El detective.

Me franqueó la entrada. Se me antojó más hermosa que cuando la conocí. La grácil expresión de su aniñado rostro pareció darme la bienvenida cuando entré, y al estrechar su mano noté un estremecimiento al sentir el cálido contacto de su piel. Quizá por eso mantuve sus dedos entre los míos más tiempo del debido, hasta que ella los retiró un tanto precipitadamente.

—Se me ha ocurrido que sería interesante hacerle un par de preguntas —insinué, no muy seguro de mi voz.

—Bueno, entre y siéntese...

Me llevó a una salita de estar amueblada con sencillez, pero con profusión de detalles reveladores de su femineidad. Por toda la casa flotaba el aroma que parecía surgir de su cuerpo terso y juvenil.

—¿Ha tenido usted noticias de su amiga?

—Sólo sé que ha llamado por teléfono esta tarde... La señora Morrison ha recibido la comunicación.

—¿Quién es la señora Morrison?

—La propietaria de la casa. Tenemos una extensión telefónica, ¿comprende? Cuando salgo, la dejo comunicada con el aparato

principal, así pueden recibirse las llamadas aunque aquí no haya nadie.

—Muy bien; ¿ha dicho desde dónde telefoneaba?

—¿Laurie? No... Sólo quería ponerse en contacto conmigo para tranquilizarme. Parece que todavía piensa estar unos días más por ahí...

—Bien, opino que no debe preocuparse usted tanto por ella. Después de todo, Laurie es bastante mayor para saber lo que está haciendo.

—A veces me digo eso mismo, pero no puedo dejar de preocuparme por ella... Somos como hermanas, usted sabe...

—Es una lástima que no podamos saber su paradero. Quizá Laurie supiera dónde se encuentra Linda Keeley, que es quien realmente me interesa.

—Así que todavía no ha aparecido...

—No hay el menor rastro de ella. Y he pensado que quizá usted podría indicarme en qué lugares solían reunirse las dos... Imagino que tendrían algún punto de cita, algún bar o algo así que ambas frecuentasen.

—Todo lo que puedo decirle es que, por teléfono, Laurie mencionó un par de veces un local llamado «Moresque Club».

—¿Habló de eso con Linda?

—Sí. Supongo que no será un sitio muy recomendable precisamente.

—Bueno, pertenece a un ex pistolero llamado Barony y es uno de tantos tugurios por el estilo como hay en la costa. Pero hasta ahora no tengo noticias de que en él se trafique con ninguna clase de narcóticos. Barony es listo como un zorro y sabe lo que le sucedería si le pillasen con algo tan sucio, con los antecedentes que tiene la policía... Pero creo que de todas maneras le haré una visita.

Me miró fijamente. Sus ojos profundos me parecieran tan brillantes como estrellas.

—¿Le importaría llevarme con usted? —murmuró.

—Su compañía sería un extraordinario placer para mí, pero temo que yo no sea un acompañante muy divertido... Por lo menos, mientras estoy trabajando.

—No importa. Si allí pueden indicarle el paradero de Laurie quiero saberlo.

—Está bien, Iremos juntos, aunque si piensa usted que eso va a ser una excursión emocionante es mejor que vaya cambiando de idea. Mi trabajo no se parece en nada al de los detectives de la televisión.

—Estupendo, míster Carson. No le haré esperar ni un minuto.

Giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia una puerta cerrada. Antes que desapareciera le advertí:

—Si pretende venir conmigo deberá acostumbrarse a llamarme Mike. ¿Conforme, Alma?

—Sí, Mike.

Tardó bastante más de un minuto, pero no me impacienté porque estuve demasiado ocupado pensando en lo hermosa que era y en lo sugestivo de su compañía.

Pero cuando apareció todas mis anteriores impresiones sobre ella se desvanecieron, para ser sustituidas por otras mucho más vivas y turbadoras.

Se había enfundado en un vestido tobillero de cintura estrecha, sin hombros y que la moldeaba como a una muñeca hecha por manos de artista. Se me cortó el aliento y durante unos instantes no pude hacer otra cosa que admirarla en silencio.

Le agradó mi silencio y lo que él entrañaba, porque sonrió y vino hacia mí como si flotara en el aire.

—¿He tardado mucho? —susurró.

—Siglos. Pero valía la pena esperar.

La escolté hasta el coche. La fragancia que se desprendía de ella me envolvió como un dulce presagio. No me habría costado nada dejar volar mi imaginación con sueños tan locos como los de un adolescente.

Mientras rodábamos rumbo al club de Barony dije:

—Estoy pensando que es desperdiciar el tiempo trabajar mientras estés en mi compañía...

—En todo caso, Mike, supongo que su trabajo no le ocupará las veinticuatro horas del día. Si encontramos a Laurie...

—Y a Linda Keeley. No olvides que ésta es la muchacha que estoy buscando.

—Sí, claro...

—Se me ocurre que podemos hacer las dos cosas.

Ladeó la cabeza para mirarme, con una chispa de ironía en sus pupilas de fulgores violetas. Entonces aclaré:

—Podemos ocuparnos de buscar a ese par de cabezas locas y divertimos al mismo tiempo. El «Moresque» tiene una buena orquesta y...

—No me gustaría que pensase usted que he querido acompañarle sólo para pasarlo bien...

—Naturalmente que no.

Sonrió, lo cual fue suficiente para mí.

El cabaret de Frank Barony hacía honor a su nombre. Estaba decorado con un recargado estilo árabe y en él flotaba una espesa atmósfera exótica que solía encantar a las jovencitas que buscaban emociones fuertes. Parecía anidar el misterio de oriente en sus rincones en penumbra, entre la luz tamizada que se desprendía de unas lámparas invisibles; incluso uno podía imaginarse que podían surgir de sus tapices y alfombras los genios de una fantástica lámpara humeante.

Para acabar de crear el ambiente adecuado, las camareras vestían a la usanza morisca, pero con sedas tan tenues que sólo a la escasa iluminación se debía el que no armasen más escándalos de los que se producían de vez en cuando.

Bueno, a la escasa iluminación y a los dos o tres gigantescos veladores del orden que se paseaban sin cesar por entre las mesas y cerca de la barra.

Alma quedóse mirando todo aquel despliegue de falso misterio. La tomé del brazo y nos encaminamos al bar, pero estaba tan lleno que opté por buscar una mesa.

Encontré una desocupada cerca de una columna. Junto a la columna había uno de los matones mirando a su alrededor con desapasionado interés. Cuando su mirada tropezó con la mía le hice una seña, llamándolo. Se acercó sin prisas, examinándome para tratar de recordar si me conocía o no.

—¿Está Frank arriba? —pregunté sin rodeos.

—No lo sé. Si ha llegado debe estar en el despacho. ¿Quién le digo que me pregunta por él?

—Mike Carson. Me conoce.

—Bueno.

Se alejó y casi al instante su lugar fue ocupado por una de las esculturales camareras. Vistas de cerca uno se explicaba que causaran sensación, debido a que las sedas de sus atuendos eran casi tan transparentes como el cristal.

Encargué una botella de champaña, cosa que pareció entusiasmar a la falsa hurí. Cuando se hubo alejado comenté:

—Tengo la esperanza de que Barony nos invite, de lo contrario mi cuenta de gastos subirá como un cohete...

—¿Les pagan a ustedes los gastos también? Yo creía que los policías no...

—Olvidaba que sigues creyendo que soy policía —exclamé sonriendo—. Debo sacarte de tu error antes que tu fantasía galope más de la cuenta... Soy detective privado. Mi cliente es quien paga los gastos.

—¡Pero yo creía que...! Está bien, debí suponerlo. Un policía no actuaría como lo hace usted.

—Y sobre todo, nunca pediría una botella de champaña en un local como éste.

Regresó primero la camarera con el pedido, de manera que habíamos vaciado las primeras copas cuando el gigante estuvo de vuelta.

—Míster Barony vendrá dentro de un momento —anunció—. Pueden pedir lo que gusten a cuenta de la casa.

—Eso me tranquiliza, gracias.

Nos dejó solos. Alma murmuró:

—No imaginaba que fuera usted tan apreciado por un ex pistolero...

—Tengo amistades en todas partes, arriba y abajo. ¿Quieres que te presente a un senador un día de estos? O quizá prefieres conocer a un astro de la pantalla... o a un obispo metodista, o tal vez...

—Ya basta —me atajó, riendo—. Me ha convencido.

—Apura la copa y lo celebraremos... Creo que todavía cabe una pareja más en la pista.

Al tenerla entre mis brazos para bailar experimenté una sacudida en todos mis nervios. Era frágil como una porcelana y parecía no tocar el suelo, no obstante sentía en mis manos el duro y real contacto de su cuerpo, y notaba en mi mejilla su cálido aliento. Agradecí a la orquesta que tuviera tanto éxito, porque la pista estaba llena por completo y eso nos obligaba a permanecer casi quietos, estrechamente sitiados por otros bailarines tan poco interesados como nosotros en practicar una de esas danzas estridentes en boga...

—Los músicos han terminado, Mike —me susurró al oído.

—¿De veras? Bueno, no tengas mucha prisa por salir de la pista, nena... Van a empezar dentro de unos segundos.

—Pero hay alguien aguardándonos en la mesa...

—No me había dado cuenta... En realidad, estaba pensando, tú sabes...

—Lo he advertido, aunque tu manera de pensar resulta original en extremo...

Se apartó y no me quedó más remedio que seguirla hasta la mesa.

Frank Barony, con toda su prominente barriga por delante, nos esperaba en pie, sonriendo, y dejando que sus ojos se deslizasen por encima de la figura tentadora de Alma con evidente descaro.

—Hace tanto tiempo que no sabía nada de ti, Mike, que

empezaba a dudar que siguieras vivo... ¿Quién es tu deliciosa acompañante?

—Un sueño llamado Alma —dije, riendo—. Alma, éste es Frank Barony, en otro tiempo el enemigo público número uno del país.

Frank se echó a reír. Las papadas de su cara oscilaron como de costumbre.

—No lo crea —cacareó—. Nunca pasé del número dos o tres...

Nos sentamos. Llené nuestras copas y pedí otra para el propietario del local, con el cual brindamos sin que Alma pudiera salir de su estupor ante el estrambótico ex *gangster*.

Hube de soportar los comentarios de Barony respecto al pasado, a su negocio, a sus dificultades para retener a las hermosas camareras, a la deliciosa Alma y a la estúpida policía, que todavía seguía buscándole las cosquillas de vez en cuando esperando encerrarle otra vez, sólo porque no había podido olvidar sus éxitos de otros tiempos...

Yo sabía todo eso de memoria, pero también conocía perfectamente a Barony y su sempiterna manía de lamentarse de continuo, así que esperé a que agotara el repertorio y entonces dije:

—Quizá yo pueda evitar que alguien te meta en un lío, Frank. Un embrollo que haría felices a los polizontes que no han podido olvidarte.

Arrugó el entrecejo.

—Estás bromeando. Ahora estoy limpio, tú lo sabes.

—Seguro. Pero no es suficiente estarlo tratándose de un tipo como tú. Los golpes pueden venirte de otro lado, si es que lo entiendes.

—Con franqueza, Mike, estás hablándome en chino.

—¿Conoces a una chica llamada Linda Keeley?

—Conozco a muchas chicas, tú sabes...

—Esa es algo especial según mis noticias. Vamos, Frank, no des más rodeos. Sé que frecuenta este agujero muy a menudo.

—¿Es ella quien puede proporcionarme esos dolores de cabeza?

—Tal vez.

—Okey; tal como tú dices, viene aquí con frecuencia.

—Ajá. ¿Sabes también con quién se reúne?

—No... Tiene amistad con algunas de las chicas, pero si te refieres a hombres te diré rotundamente que no viene aquí en busca de ninguno.

—¿Por qué? ¿Es algún fenómeno?

—Si estás enterado de quién es Linda Keeley sabrás la respuesta a esa pregunta.

—Lo malo es que no estoy tan enterado como quisiera. ¿Para qué diablos crees que he venido en tu busca? Sé que se reúne con alguien aquí, tal vez otras mujeres. A propósito; una de las que suele encontrarse con Linda en tu local se llama Laurie... Laurie Green. ¿Sabes de quién estoy hablando?

—No. ¿Quién es?

—Una amiga de Alma a la que nos interesa encontrar.

—Veamos si he captado lo que te preocupa. Quieres encontrar a esa Laurie, y crees que Linda Keeley puede informarte de su paradero. ¿Es eso?

—Sólo en parte. A quien quiero encontrar, y por motivos muy poderosos, es a la propia Linda.

—En eso no voy a poder ayudarte. No tengo la menor idea de dónde puede estar. Ni siquiera conozco su domicilio. ¿Es de ella de quien van a surgir mis dificultades?

—Posiblemente... ¿Sabes que se dedica a iniciar a otras chicas en el hábito de las drogas? Creo que empiezan por marihuana y van subiendo todo el escalón hasta llegar a la heroína... Y también tengo la idea de que utiliza tu cabaret para entregar las drogas a las muchachas que tiene sujetas.

—Ya veo...

—Si la policía huele el chanchullo, Frank, vas a verte envuelto en un buen lío. Drogas en tu establecimiento, aunque no tengas nada que ver con ellas, sería suficiente para que ellos le dieran la vuelta y te cargasen con el mochuelo. ¿Qué te parece?

—No me gusta nada... si es cierto.

Esperé a que la noticia hiciera su efecto en sus nervios. Sin embargo, me sorprendió descubrir lo mucho que le preocupaba. Yo había contado que el asunto le indignaría, sólo por el hecho de que utilizasen su local para llevar a cabo un negocio a sus espaldas y sin su parte en los beneficios, pero me pareció incluso asustado.

—Bueno, Frank —dije—; ¿puedes facilitarme una pista que me lleve a encontrar a esa víbora?

Levantó la cabeza y me miró como si no me viera. Después gruñó:

—¿Por cuenta de quién estás metido en esto, Mike?

—Hay un cliente que me paga, naturalmente, aunque no voy a decirte de quién se trata.

—Bueno, no importa quién sea. Olvídalo, Mike... Deja este asunto como si fuera un hierro al rojo... Es el mejor consejo que puedo darte.

—No he venido a pedirte consejos, sino informes. Tengo que

encontrar a esas chicas, Frank. Y apuesto que tú puedes ayudarme.

Sacudió la cabeza de un lado a otro obstinadamente.

—Créeme —masculló después—, estás jugando con dinamita. Linda Keeley es veneno puro.

—Aunque así sea, necesito localizarla. ¿Por qué demonios te asustas por una mujer?

—No estoy asustado, pero a diferencia de lo que te ocurre a ti, yo sé de qué hablo. Apártate de Linda como del mismo infierno. Después me agradecerás que te lo haya aconsejado.

—Total, que no quieres darme esos informes.

—No te los daría ni conociéndolos.

—Bien, creí que eras mi amigo, Frank, pero ahora veo que todos podemos equivocarnos. Gracias por el champaña.

Apuré la copa, disponiéndome a levantarme. El sacudió pesadamente la cabeza y farfulló:

—Precisamente porque te aprecio te doy ese consejo. Puedes volver por aquí siempre que quieras... Tal vez en otro caso pueda hacer algo por ti.

—Puedes pagar el champaña.

Me levanté. Alma me imitó, sorprendida por el giro que había tomado la entrevista.

El gordo abandonó igualmente su silla y me miró como un perro apaleado. Estuve tentado de restregarle por las narices los favores que él había recibido de mí en un par de ocasiones, pero conociéndolo, estaba seguro que tampoco así conseguiría que soltase la lengua, de manera que opté por mostrarme ofendido.

Se despidió torpemente de Alma y nos vio marchar con su mirada húmeda y opaca. Sin embargo, me costó disimular mi perplejidad ante su temor: Frank había sido uno de los *gangsters* más rudos de la vieja época y no solía impresionarse por nada. Quizá fuera que estaba envejeciendo...

Ya en el coche, Alma murmuró:

—¡Qué hombre más desagradable...! ¿Crees que no sabía dónde está Linda?

—Quizá tiene una idea de su paradero, pero no lo dirá. Debe haber algo muy importante detrás de su actitud... Hemos perdido el tiempo, eso es todo.

—Estoy dispuesta a perderlo otra vez, Mike.

—¡Oh, diablos, Alma! —exclamé—. Me refiero a la entrevista. Por lo demás, ha sido delicioso bailar contigo... y tenerte en brazos. ¿Estarás libre mañana por la noche?

—¿También tendrás un trabajo pendiente?

—Nada de trabajo. Cenaremos donde tú digas, bailaremos toda la noche y nos olvidaremos de los problemas hasta que amanezca. ¿Conforme?

—¿Hay realmente un lugar donde podamos bailar hasta el amanecer?

—Por supuesto. ¿Crees que estarás preparada a las ocho?

—Estaré esperando, Mike. Pero prométeme que si averiguas el paradero de Linda antes de esa hora intentarás también saber dónde está Laurie.

—Lo haré.

Detuve el coche frente a su casa. Antes de apearse me miró y sus pupilas brillaron en la oscuridad.

—No te inquietes demasiado por tu amiga —murmuré.

—No...

La tomé por los brazos y me acerqué a ella despacio, dejándole ocasión de retirarse si lo deseaba. No se movió, de manera que mis labios cayeron sobre los suyos suavemente.

No me habría importado que el beso hubiese durado el resto de la noche, pero ella se desprendió poco después y susurró con la respiración alterada:

—Por ser la primera vez, Mike, ya es suficiente. No quieras agotar tan pronto mi provisión... Buenas noches.

—Buenas noches, Alma.

Se apeó, pero yo todavía permanecí allí un buen rato después de verla desaparecer en la casa. Seguí notando en mis labios el sabor de los suyos tanto tiempo que, cerrando los ojos, casi podía imaginar que ella no se había desprendido de mí.

Después, cuando reaccione y mi sangre dejó de alborotar en mis venas, apreté el arranque, seguro que el tiempo se me antojaría interminable hasta la tarde del día siguiente.

No obstante, poco a poco el tumulto de mi mente se aplacó y pude volver a reflexionar con calma y sentido común. Me dije que tras la actitud de Frank Barony se escondía algo más que el modesto tráfico de drogas que Linda Keeley pudiera llevar a cabo en su local, y averiguar ese algo tal vez me proporcionase beneficios. Era algo más sobre lo cual reflexionar con detenimiento... cuando tuviera tiempo.

Consulté el reloj y vi que había dejado atrás la media noche hacía rato. Sin embargo, estaba desvelado y con demasiadas ideas danzando en mi mente para poder conciliar el sueño, así que decidí continuar ganándome los honorarios un par de horas más. Enfilé el rumbo hacia la carretera de Beach City con el íntimo

convencimiento de que no encontraría el menor rastro del cadáver de Linda Keeley.

# CAPÍTULO X

Dejé el coche en el mismo lugar donde según Farrell él dejara el «Cadillac» aquella noche de niebla, encendí un cigarrillo y eché a andar por el borde de la playa.

Ese fue el principio de una búsqueda infructuosa que me llevó a meter las narices en cinco cabañas distintas, más otras dos que estaban ocupadas. Estas las deseché sin más trámites, porque sus moradores no estarían allí si hubiesen hallado un cadáver con la cabeza destrozada en su salita.

De las cinco que pude examinar, en ninguna de ellas encontré un tocadiscos estereofónico ni una colección de discos, aunque por lo demás, los interiores de todas ellas eran parecidos.

De manera que, desalentado, volví sobre mis pasos dudando entre violentar otra vez la cabaña de Tagliano y pasarla por el tamiz, o largarme a casa en busca del descanso. En la cabaña del pistolero no era fácil que quedasen muchos rastros, si por cualquier razón resultaba que en ella se había cometido realmente un crimen, de manera que lo dejé correr. Al diablo con Tagliano.

Rodeé el promontorio rocoso detrás del cual había, dejado el coche. Aún iba preocupado por mis dudas sobre si era conveniente o no violar la puerta del pistolero, cuando una voz seca y ronca ordenó, a un lado:

—¡Levante las manos y no se mueva!

Giré hacia donde había surgido la voz. Entonces, desde el coche, otro tipo remachó:

—Tiene dos pistolas apuntadas a su cabeza, fisgón.

Escuché el chasquido de una portezuela al abrirse, detrás de mí. Al mismo tiempo, de un lado de las rocas surgió una figura alta y delgada en cuya mano había una amenazadora prolongación, tan oscura como el resto de la silueta.

Me tenían entre dos fuegos, y por si algo faltaba yo estaba desarmado. Me maldije por no haber cargado con el revólver, aunque pensándolo bien, tal como me habían sorprendido igualmente me habrían capturado antes que hubiera podido empuñar un arma.

—Acérquese al coche, rápido.

Obedecí. Uno de ellos estaba de pie al lado de la portezuela trasera, abierta.

—Quieto ahora —ordenó el de mi espalda.

El que esperaba junto al auto empuñaba una gran pistola automática cuyo cañón no se apartaba de mí ni una pulgada. Me mantuvo cubierto con su arma mientras el otro se aseguraba de que yo no llevaba un cañón escondido en alguna parte. Luego, como remate, se apoderó de mi cartera y examinó los documentos a la luz de una pequeña linterna eléctrica.

—Ajá —comentó, satisfecho—; éste es el tipo, Braun.

—¿Seguro?

—Aquí pone que se llama Michael Carson. Además, la patente del coche está también a su nombre...

—Bueno, el jefe tenía razón al suponer que volvería por aquí. Vamos, tipo listo, suba al coche.

Me empujaron dentro, obligándome a sentarme al lado del conductor. El otro pistolero se instaló en el asiento trasero y en el mismo instante noté el contacto de la pistola en mi nuca.

—Le tendré siempre delante de mi punto de mira, compañero —me advirtió—. Cualquier tontería que intente le costará perder la cabeza.

—No tengo ningún interés en darles facilidades. ¿De qué se trata? ¿Tagliano no ha podido digerir la paliza que le propiné?

—¿Una paliza? —exclamó el conductor, mientras maniobraba para sacar el coche de la arena—. No me diga que le pegó al jefe...

—Le sacudí a Tagliano.

—¿Qué te parece, Smutty?

—El tipo está chiflado. ¿Tú crees que pudo pegarle al jefe y largarse después? Tonterías.

Me encogí de hombros. El auto aceleró la marcha al entrar en la carretera. Observé que nos alejábamos más todavía de Los Angeles, siguiendo la carretera de la costa.

—¿Puedo fumar? —pedí, procurando dominar mis nervios.

—Seguro.

—¿Por qué me han capturado? No creo que Tagliano arme todo este alboroto sólo por unos golpes...

Encendí un cigarrillo. El que estaba detrás, llamado Smutty, dijo:

—Tonterías. No creo que le pegase usted al patrón.

—Está bien, como quiera. ¿Por qué este paseo entonces?

—El jefe dijo que usted volvería a la cabaña. Acertó, eso es todo. Debió mantener usted limpia, la nariz en este asunto.

Braun gruñó:

—Cierra el pico. Y tú también, Smutty. Hablas demasiado.

—¿Por qué? De todas formas este fisgón no va a poder repetir a nadie lo que hablemos...

Soltó una carcajada. Noté un doloroso tirón en todos mis nervios. Hasta entonces había creído que sólo se trataba de llevarme a presencia de Bunny Tagliano, para que éste pudiera devolver los golpes recibidos, con intereses además...

—A pesar de eso, cierra la boca.

Así que se trataba de un verdadero paseo, me dije, estremeciéndome. No tenía sentido. Asesinar a un hombre sólo como venganza por un par de puñetazos recibidos sólo podía ocurrírsele a un loco...

A través del parabrisas contemplé la rauda cinta negra de la carretera deslizándose como una serpiente viva. El conductor dedicaba su atención a la carretera porque ésta se encaramaba suavemente al borde de un acantilado vertical sobre el mar. Al otro lado, un alto terraplén separaba la carretera de la vegetación.

Pensé con amargura cuán absurdo resultaba morir por una cosa tan absurda. Después pensé en la monstruosidad que eso representaba y en que a mí me habían destinado el papel de protagonista en aquella, para ellos, diversión y la cosa no me gustó poco ni mucho.

Abrí el cenicero y aplasté el medio cigarrillo que me quedaba. Saqué otro del paquete y lo encendí. El conductor preguntó:

—¿Dónde lo liquidamos, Smutty?

—Arriba de todo. Hay un sitio ideal para un despeñamiento.

Me enderecé al oír eso y comprender lo que habían planeado. No obstante, dominé mi voz para indagar con forzada calma:

—*¿Cuál es la idea brillante, hundirme con el coche?*

—Ni más ni menos, fisgón. Es un lugar que ni hecho a propósito. Ya han habido varios accidentes allí... Será fácil, muy fácil. Un golpe que le deje inconsciente y un empujón al coche y asunto terminado. Aunque logren encontrarle todo el mundo creerá que se ha precipitado al mar accidentalmente...

—Tú hablas demasiado ahora —le espetó su compinche.

Yo dije:

—Uno tiene derecho a saber cómo va a morir, creo yo.

El de atrás soltó una corta carcajada.

—Se las da de tipo duro, ¿eh? Veremos cuando vaya a dar el salto si tiene deseos de hacer chistes.

—¿Por qué no me arrojan sin el coche? Es una lástima... Sólo tiene un año... Acabé de pagarlo hace un par de meses, ¿saben?

—Queremos que estés cómodo ahí abajo —graznó Braun, divertido.

Mi mente funcionaba a toda presión, pero maldito si veía una posible escapatoria. Detrás de mí había una pistola apuntada a mi nuca, de manera que al menor intento de violencia me dejaría seco de un balazo.

Me dije que el coche podía irse al diablo. Estaba asegurado. Además, estaba dispuesto a sacrificarlo con tal de salvar el pellejo. Lo malo era que según todas las trazas, tanto mi pellejo como el auto irían a pudrirse al fondo del Pacífico.

—Vigila ahora, Braun —advirtió Smutty—; creo que estamos llegando...

Maldije para mis adentros. Una idea, pensé; sólo con que se me ocurriese una idea y estaría salvado.

Braun aflojó un poco la marcha. Rodábamos a cincuenta millas por hora y no tenía escapatoria.

*Repentinamente, la idea de morir dejó de tener importancia.* Fue barrida por la oleada de ira que me asaltó, una tempestad de odio hacia los dos matarifes y el que los había mandado en mi busca. Pensé en tantas cosas durante unos segundos que el inmediato peligro dejó de tener interés...

Hasta que coronamos la cima y la velocidad del cois disminuyó a cuarenta millas.

—Después de esa primera curva, Braun —advirtió el que estaba atrás.

Instintivamente, todos mis músculos se tensaron. Apreté los pies contra la alfombrilla de caucho y arrojé el cigarrillo por la ventanilla, apoyándome en la portezuela. Al recostarme hacia atrás noté el roce de la pistola en mi cabeza. La comprensión del final definitivo se adueñó de mi mente. Fue el acicate que necesitaba.

Deslicé la mano hasta la manija de la puerta y la mantuve allí, quieta y tensa.

Smutty gruñó:

—Bueno, terminemos de una vez.

Braun tomó la curva con precaución. Después levantó el pie del acelerador.

Antes que pudiera apoyarlo sobre el freno disparé la mano izquierda, aferré el volante y lo hice girar furiosamente en dirección al abismo, mientras con el pie hundí el acelerador hasta abajo.

Braun chilló, aterrorizado. La pistola disparó y la bala abrió un agujero estriado en el parabrisas debido al violento vaivén del coche.

—¡Sujétalo! —aulló Smutty.

De repente, frente al morro del coche no hubo nada. Entonces hice girar la manija de la portezuela, que no había abandonado ni un segundo, y me lancé contra ella.

El coche dio una vuelta sobre su eje y yo salí lanzado de él precipitándome en un abismo de negrura. Escuché el aullido de terror de Smutty y pude ver todavía la masa oscura del vehículo caer vertiginosamente a más velocidad que yo. Después hubo un tremendo chapoteo, un surtidor de agua y espuma y tras esto golpeé contra la burbujeante superficie del mar con tremendo impacto.

Pensé confusamente que acababa de romperme todos los huesos del cuerpo, pero el instinto de conservación me impulsó a patalear, braceando desesperadamente.

Así pude asomar la cabeza fuera del agua y aspiré aire conteniendo mis deseos de gritar. Escupí el agua salada que llenaba mi boca y nadé, alejándome de la corriente de burbujas ruidosas provocadas por el coche al hundirse cada vez más.

Luego, cuando llegué a las rocas, la superficie del agua estaba quieta y tersa, sólo mecida por unas olas suaves y apenas perceptibles.

Extenuado, me dejé caer y comencé a temblar...

No supe si de frío o de terror... Un terror vencido ya, pero que seguía atenazándome...

# CAPÍTULO XI

Hube de repetir una docena de veces mi relato explicando el «accidente» antes que los patrulleros que me encontraron en la carretera se dieran por satisfechos. Tras esto, ellos mismos me trasladaron a la ciudad y finalmente, pude meterme bajo la ducha caliente y quedarme allí hasta que casi se levantaron ampollas en mi piel.

Un chorro de agua fría acabó de dejarme como nuevo. Me enfundé en un pijama, saqué la botella y estuve manteniendo un mudo diálogo con ella hasta que el alcohol devolvió la seguridad a mis entrañas.

Tras esto, pensé que ya era hora de darle trabajo al teniente Crane, de manera que llamé a la Central, sólo para enterarme de que aquella noche estaba libre.

Dudé entre llamarle inmediatamente o aguardar a la mañana siguiente. Acabé marcando su número de teléfono, seguro que sus sartas de maldiciones se oirían en la costa este.

Escuché un soñoliento gruñido al otro lado del hilo.

—¿Crane? —dije—. Aquí Carson... ¿Estabas durmiendo?

—¿Tú qué crees, maldita sea tu estampa?

—Bueno, tengo algo importante que decirte... Es urgente y...

—Yo también tengo algo que restregarte por las narices —su voz sonó repentinamente clara y sin rastros de sueño—. He tratado de comunicarme contigo durante todo el día.

—Soy un tipo ocupado, así que deja de escandalizar. Estoy en mi apartamiento. ¿Puedes venir aquí, ahora?

—¿A las cuatro y media de la madrugada? Tú estás loco...

—¿Quieres una historia que hará saltar a Tagliano?

—¿Cómo?

—Ajá. Ven aquí y habrás dado un gran paso para terminar con ese hijo de perra.

—Está bien, pero prepara un cubo de café negro para cuando llegue...

Colgó. Entré en la cocina y puse la cafetera al fuego, de manera que cuando Crane llamó a la puerta del apartamiento estaba inundado del aroma vivificante del brebaje.

—Huele bien —refunfuñó.

—Siéntate mientras lo traigo. Soy una eficiente ama de casa en lo que a café se refiere...

Llevé la cafetera a la mesa, llené las dos grandes tazas y coloqué una botella frente al teniente.

—¿Qué historia es esa de Tagliano, Mike? —rezongó, entre sorbo y sorbo.

—Acaba el café... Puedes añadirle una ración de whisky para acabar de quitarte el sueño...

Esperé hasta que los dos terminamos con la mezcla. Entonces encendí un cigarrillo y dije:

—Leerás en el teletipo policíaco que ha habido un accidente a quince millas de Beach City. Un coche se ha precipitado desde un acantilado al mar, hundiéndose por completo...

—¿A dónde quieres ir a parar?

—El coche era el mío.

—¡Atiza! ¿Has podido saltar a tiempo, o te has dado un baño?

—Las dos cosas. He tenido mucha suerte... Ellos no han sido tan afortunados.

Respingó en la silla y sus ojos se entrecerraron, inquisitivos.

—¿Ellos? —rezongó—. ¿A quiénes te refieres?

—Sus nombres eran Braun y Smutty...

—¿Y estaban dentro del coche cuando éste se ha hundido?

—Así es. Los dos eran hombres de Bunny Tagliano. ¿Te interesa la historia?

—No sabes hasta qué punto. Vamos, suéltala.

Le conté cómo me habían capturado en la playa y todo lo demás. Incluso le revelé que había estado inspeccionando las cabañas de aquel sector de costa, de manera que cuando terminé, él tuvo una idea clara de lo sucedido aquella condenada noche.

—Bien, Mike; eso está perfectamente claro —refunfuñó—. Lo que te has olvidado de decirme es qué demonios andabas buscando por esas cabañas. Recuerdo que fue por meterte en la de Tagliano que comenzó todo este jaleo.

—No ha comenzado por eso... Hay algo más importante en este asunto... Algo tan importante como un asesinato.

—Estás lleno de sorpresas esta noche, Mike. Cuéntame.

—Más despacio. Crane. ¿Puedo mantener secreto el nombre de mi cliente por el momento?

—Si se trata de un crimen, no.

—Entonces al diablo contigo. Tómate otra taza de café y después estaré dispuesto a escuchar tus noticias, si es que tienes alguna.

Tomó la cafetera, llenó su taza y estuvo silencioso todo el tiempo que le duró vaciarla. Entonces gruñó:

—¡Oh! Seguro que tengo algunas noticias.

—Está bien, no menciones el nombre de tu cliente de momento. Estoy dispuesto a escucharte.

—Ya sabía que acabarías así... En fin, ahí va...

De nuevo comencé a hablar, aunque esta vez calculando cuidadosamente cada palabra. Puse especial atención en no pronunciar ningún nombre hasta haberle contado todo el embrollo desde el mismo instante que había tropezado con Farrell en la niebla.

—¿Puedes decirme por lo menos cómo se llamaba la víctima?

—¿Para qué? Veamos primero tus ideas sobre todo eso.

—¡Maldita sea! Pueden haber dejado el cuerpo abandonado en cualquier parte, y si es así puede que se encuentre en el depósito de cadáveres...

—Ya veo... Bueno, la chica se llamaba Linda Keeley.

—¿Seguro?

—Sin la menor duda.

—Bien, seguiremos hablando de eso después. ¿Sabes a quién pertenecían las huellas del marco que me trajiste?

—Dímelo tú.

—A Bunny Tagliano las más recientes. Había otras más confusas, pero que estoy casi seguro que pertenecen a Linda Keeley. ¿Qué te parece?

—Un buen lío... Creo que no debí haberte pedido lo de esas huellas.

Esbozó una mueca irónica.

—Al diablo si crees eso. ¿De manera, lumbrera, que según tu versión, la Keeley está muerta desde hace cuatro o cinco días como mínimo?

—Desde la noche que entró aquella masa de niebla...

—Cinco noches con la de hoy.

—Bueno, así es. Parece que te hayas comido el canario a juzgar por tu expresión satisfecha. ¿Qué diablo guardas en el buche, Crane?

—Nada, excepto que me gustaría mucho saber en qué basas tu seguridad respecto a esa muerte.

—Hay varios indicios que me inducen a creer en la historia de mi cliente... Además, la Keeley ha desaparecido sin dejar el menor rastro. Eso también es un detalle a tener en cuenta.

—¿No se te ha ocurrido que lo que te contó ese cliente puede

haber sido realmente una pesadilla de borracho?

—¡Claro que se me ocurrió! Pero después he encontrado algunas cosas que me han hecho abandonar esa idea. Además, ¿dónde demonio está Linda Keeley?

—En el depósito de cadáveres —dijo con voz suave.

Pegué un brinco que casi derribé la silla.

—¿Cómo diablos...?

—Tómalo con calma, porque no fue muerta hace cinco noches, sino que la ha aplastado un coche a última hora de esta tarde.

—¿Un accidente?

—Un asesinato. El auto ha tenido que subirse a la acera para matarla. Luego se ha dado a la fuga.

—¿Algún indicio, alguien ha podido leer la matrícula?

—No. La habían cubierto con barro. Pero el coche era un «Chrysler» de modelo reciente, negro.

—¿Y el conductor? Si era de día alguien debe haberlo visto...

—Ya sabes cómo son esas cosas. De cada tres descripciones, dos son opuestas por completo, y la tercera es de alguien que ni siquiera se ha fijado en el tipo de coche... No, nada por ese lado. A menos que encontremos el coche, naturalmente. Debe tener una buena abolladura en el guardabarros delantero izquierdo.

—Está bien, ya me has soltado tu bomba de tiempo. Ahora dime algo sobre el hecho de que las huellas de Tagliano aparezcan en aquel marco.

—Linda Keeley era su amante oficial... hasta hace una semana poco más o menos. Imagino que el propio Tagliano retiró su foto cuando dejó a su adorada. He visto otros marcos iguales en el apartamiento de esa chica.

—Es cierto; me la llevé de allí...

—¿En qué estás pensando ahora?

—En mi cliente. Puedo informarle que no mató a Linda... Pero, Crane, el misterio sigue en pie...

—No hay tal misterio. Es el truco más viejo de la tierra y me sorprende que no lo conozcas. Tu cliente, ¿tiene mucho dinero?

—Sí.

—¿Mucho?

—Creo que sí...

—¿Y fama?

—Ya veo... Sí, es un gran actor de «series»... Uno de los más cotizados.

—Ahí tienes; chantaje, ni más ni menos.

—¿Quieres decir que todo fue una comedia?

—¡Naturalmente! No es la primera vez que se hace... Toman una chica, un maquillador experto prepara su cara, o su cabeza, esparciendo cualquier sustancia del color de la sangre y el tipo borracho cree a ojos cerrados que mató a la muchacha en un ataque provocado por el alcohol...

—Un asesinato simulado...

—Exactamente.

—En el presente caso tal vez hayan introducido alguna modificación en el tinglado. Pero lo averiguaré, maldita sea... En cuanto a esos tipos del coche, quizá te sea posible probar que pertenecen a la nómina de Tagliano. Y a propósito de éste, ¿qué esperas para detenerlo?

—Tengo algunos hombres sobre sus huellas. ¿Vas a presentar una denuncia por el atentado?

—No, ¿para qué? Después de todo, quien hundió el coche fui yo mismo.

—Está bien, eso es asunto tuyo. ¿Tienes más historias para contarme antes que me vaya?

—Ninguna más. Sólo que me gustaría saber que esa muchacha del depósito es Linda Keeley...

—Sobre eso no cabe la menor duda. Hemos comprobado sus huellas dactilares... ¿Por qué crees que sé a quién pertenecían las más borrosas del marco?

—Está bien, creo que he arriesgado el pellejo por nada... Porque, si no había un cadáver en alguna parte, me gustaría saber la razón por la cual Tagliano ha mandado a sus torpedos para despacharme.

—Tú le pegaste una paliza. Eso en un tipo como él es una tremenda humillación, creo yo. Además, contando con que Tagliano es quien debe haber planeado esta jugada del chantaje y el falso cadáver, tus investigaciones amenazan con dar al traste con todo el negocio.

—¿Y dónde encajas el asesinato de Linda Keeley?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es posible que Tagliano haya querido librarse de su cómplice y...

—¿Olvidas que según tú mismo has dicho, ella dejó de ser su amante hace una semana? El drama de la cabaña tuvo lugar hace cinco días solamente, de manera que ya habían reñido entonces...

—Bueno, reconozco que hay muchas cosas sin explicar todavía, pero considero que tengo material suficiente para encerrar a Tagliano y obligarle a confesar... a pesar de sus podridas influencias. Si además, puedo estamparle en la cara ese atentado

planeado contra ti... Bien, será un argumento más con que hundirlo.

Se levantó, bebió un trago directamente de la botella antes de marcharse, y como despedida dijo:

—Habla con tu cliente. Estoy seguro que si le interrogas como es debido encontrarás suficientes indicios que demuestren que todo fue una artimaña destinada a sacarle los cuartos.

Convencido de que tenía la verdad en sus manos, cerró la puerta y sus pasos resonaron en el pasillo hasta perderse en la distancia.

Encendí otro cigarrillo y me tendí en la cama, donde pasé revista cuidadosamente a cuanto había expuesto Crane. El truco del cadáver simulado era algo que se había puesto en práctica otras veces, pero en la presente ocasión había algo más que me desconcertaba...

¿Cómo era posible que todos los asistentes a la fiesta estuvieran mintiendo respecto a la presencia en ella de Linda Keeley?

# CAPÍTULO XII

Apenas si dormí un par de horas, de manera que a las ocho estaba danzando de un lado a otro con un coche alquilado, comprobando datos y cotejando informes suficientes para reafirmarme en mi idea de que el teniente Crane estaba equivocado en lo relativo al crimen de la cabaña.

La última prueba la obtuve cuando, casi al mediodía, volví al laboratorio de cierto conocido al que le había llevado la camisa blanca de seda perteneciente a Grant Farrell.

—Sin duda alguna, Carson —anunció el químico—, esa mancha es de sangre humana. Ahí tiene usted todos los datos que he podido obtener, incluido su grupo sanguíneo. ¿Va a presentar eso como prueba en algún proceso?

—No. En todo caso, la policía tendrá que utilizar sus propios laboratorios. Usted cobra demasiado caro para que vaya yo regalando los resultados que obtengo.

De manera, monologué cuando dejé la camisa en el asiento trasero del coche, que en la cabaña hubo realmente sangre humana...

Busqué un teléfono y llamé a Crane, al que encontré de mal talante porque todavía no habían podido echar el guante a Tagliano.

—Olvídate de él ahora —le espeté—. Tendrás pruebas aplastantes contra ese bastardo si mandas a tus expertos a la cabaña que posee Tagliano en la playa. En las tablas del suelo hallarán vestigios de sangre humana si saben cuál es su obligación.

—Pero tú mismo me dijiste que...

—Te dije que el suelo estaba limpio y había alfombras. Bueno, he estado reflexionando, ¿sabes? Apuesto que alguien lo limpió aquella noche, después que mi cliente salió de allí como perseguido por todos los diablos del infierno. Pero por mucho que se limpie la sangre, los químicos pueden probar que la ha habido gracias al polvo de la madera. Sólo tienen que raspar un poco y levantar serrín suficiente para analizarlo y...

—No tienes que enseñarme cómo se hace esa operación —me atajó de mal talante—. Lo único que creo es que perderemos el

tiempo.

—Es lo único que perderás en todo caso.

Colgué para cortar sus protestas y volví al auto, pensativo.

Mi siguiente visita fue para la pelirroja Anne, la exuberante dama que había encontrado también su oportunidad.

Llevaba puesta la misma ropa que le viera en mi primera entrevista, y cuando me abrió la puerta lo hizo sosteniendo un grueso fajo de papeles en la mano.

—Oh, es usted otra vez —rezongó—. Debí suponer que no me dejaría en paz tan fácilmente...

—¿Estaba estudiando su papel?

Entré y yo mismo cerré a mis espaldas.

—Justamente. Es la primera vez que me ofrecen una oportunidad semejante y quiero hacerlo todo perfectamente, sin un fallo.

—Estoy seguro que lo conseguirá... si es razonable.

Me miró sospechosamente.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Usted sabe, Anne, y yo también lo sé, que le han dado ese papel como pago para que represente otro... delante de mí o de cualquiera que la interrogue respecto a la fiesta de Parnel, de manera que es inútil que trate de negarlo...

—Usted debe estar loco, Carson. ¿No dijo que se llama así?

—Lo recuerda perfectamente. No voy a andarme con rodeos en este asunto, entre otras razones porque se han cometido dos asesinatos y alguien tiene que pagar por ellos. ¿Lo sabía también?

Retrocedió y a pesar de sus dotes de incipiente actriz no logró dominarse lo suficiente para disimular la impresión sufrida.

—¿Dos... asesinatos? —balbució—. Le aseguro que no sé de qué habla...

—Tal vez no. ¿Fue Randy Parnel quien le dio ese papel en la película?

—Fue la «Mundial»...

—Es lo mismo, aunque opino que lo hizo Parnel en persona para cerrarle la boca. Ahora bien, según lo que yo declare, el mismo Parnel la mandará al infierno con todo su guion, de manera que su oportunidad se habrá volatizado. ¿Qué le parece?

Le pareció muy mal a juzgar por su actitud. Estuvo unos instantes sin poder replicar, y aproveché para acabar de hundir sus defensas.

—Usted tiene que silenciar que Linda Keeley estuvo en la fiesta, y que se fue de allí con Grant Farrell. A cambio de eso tiene el papel

en ese guion. Muy bien, yo voy a contarle a Parnel que usted no le ha obedecido... ¿Qué cree que hará él, preciosidad?

Fue lo mismo que si la acabara de golpear.

—¡Usted no puede hacerme eso a mí! Yo no le he dicho nada... ¡Nada! ¿Qué interés puede tener en perjudicarme? Nunca nos habíamos visto... No puede tener nada contra mí...

—Eso no importa. Le he expuesto cómo están las cosas. Hable y Parnel nunca sabrá que ha sido usted quien me ha revelado la verdad. Yo me encargaré de que no sospeche de usted en absoluto...

—¿Pretende que confíe en usted, después de lo que me ha dicho?

—No tiene otra alternativa, Anne. Ni tiempo para pensar en una escapatoria porque haré lo que acabo de contarle tan pronto salga de aquí.

—Eso... Eso es un sucio chantaje, y usted lo sabe.

Me encogí de hombros por toda respuesta. La vi cómo miraba el fajo de papeles que eran su oportunidad. Después, hizo un esfuerzo y me miró a mí.

—¿Qué ocurrirá si hablo?

—Nada, sólo que yo habré adquirido la seguridad de estar en la buena pista. Y Parnel no sabrá que usted ha hablado... Entre otras razones porque lo que él teme tampoco creo que suceda. Es todo cuanto puedo decirle de momento.

Todavía lo pensó un poco más. Después dejó el guion sobre la mesita y se enfrentó conmigo con la resolución de quien ha adoptado ya una firme línea de conducta.

—No me queda más salida que arriesgarme —murmuró—. Muy bien; Linda Keeley estuvo en la fiesta y se marchó en compañía de Grant Farrell. ¿Es eso lo que quería oír?

—Hay algo más, pero eso era lo primordial. ¿Quiénes se marcharon después de la pareja?

—Todos... Con cortos intervalos fuimos abandonando la fiesta...

—Trate de recordar en qué orden salieron, incluyéndose usted.

—Bueno... Creo que Orchman se marchó con Mira poco después de Farrell... Y Jasper con Joyce...

—¿Y usted?

—A mí me acompañó Greentree. Es el director que rodará esa película. Recuerdo que sólo quedó Weldon en compañía de Parnel...

—Debía quedar Martine Durke también, porque no la ha mencionado hasta ahora.

—¡Oh, sí, es cierto, Martine! —exclamó—. Estaba como loca, usted sabe... Le dio un ataque de histeria y Parnel la acompañó

dentro de la casa. Ya no volví a verla. Está chiflada por Farrell...

—Bien, pequeña. Puede seguir estudiando su papel. Me ha dicho todo cuanto necesitaba saber.

Anhelante, me sujetó por el brazo cuando ya me encaminaba a la puerta.

—¿No le dirá a Parnel que yo...?

—Ni una palabra.

—Bueno, después de todo, es usted un bastardo, pero que me cuelguen si no confío en su palabra...

La dejé reflexionando sobre ese descubrimiento y me di prisa en localizar a Grant Farrell en su domicilio.

Advertí que la tensión de la incertidumbre le había causado estragos. Estaba pálido y parecía no haber dormido en una semana.

—Bueno —gruñó al verme—. ¿Ya ha decidido si maté a esa pobre muchacha? Casi preferiría que me dijera que no... A veces pienso que sería mejor volverse loco de una condenada vez y...

—Usted no mató a Linda Keeley, Farrell.

Me miró como si realmente creyera que el que estaba loco era yo.

—Usted bromea... Después de cuanto lleva averiguado...

—Linda fue asesinada a última hora de ayer tarde. Un coche la aplastó contra una casa.

Pegó tal respingo que el suelo retembló con su peso.

—¡Repítalo!

—No hace falta. Ahora bien, es indudable que usted vio a una mujer muerta... ¿Había buena luz en la cabaña cuando recobró el conocimiento?

—No, pero...

—¿Qué luz había encendida cuando usted cayó?

—Bueno... Una pequeña lámpara detrás del tocadiscos.

—¿Era suficiente para ver los detalles de lo que había a su alrededor?

—Francamente no, pero era suficiente para ver que Linda estaba danzando y quitándose sus ropas y...

—Está bien, pero cuando recobró el sentido, ¿seguía encendida la misma luz? Piénselo, Farrell, porque es importante.

Se concentró en sus recuerdos un buen rato. Luego murmuró:

—¡Por todos los demonios, Carson! No estaba la luz en su sitio.

—¿Dónde estaba entonces?

—Caída detrás del estereofónico Ahora lo recuerdo. Estaba tirada en el suelo y su luz apenas si permitía ver nada con detalle... excepto las terribles manchas de sangre... y el cuerpo desnudo de

aquella muchacha... ¡Eh, un momento! Si no era Linda, ¿quién...?

—Tengo una idea sobre su identidad, pero eso se aclarará a su debido tiempo. Creo que se trataba de una pobre chica llamada Laurie Green, a la que Linda encaminó en el vicio de las drogas... Ahora bien, si uno se detiene a pensar en lo sucedido aquella noche, advierte que hay varios fallos en su relato. En primer lugar, usted perdió el conocimiento antes que Linda acabara de desnudarse. ¿Cómo pudo matarla si estaba inconsciente?

—No me lo pregunte a mí, Carson. Le pagué para que lo averigüe.

—Eso es lo que estoy haciendo. Ahora escúcheme hasta el final, y luego veremos qué lagunas quedan en mi teoría. ¿Conforme?

—Adelante.

—Bien, usted se fue de la fiesta en compañía de Linda. Lo he comprobado. He estado devanándome los sesos para comprender los motivos que tenían los demás asistentes a la reunión para negar un hecho semejante... y creo que he dado en el clavo. Ellos creen realmente que usted cometió el crimen. De manera casi inconsciente, ebrio, pero que lo cometió.

—¿Y tratan de protegerme? No sea ingenuo... No se arriesgarían a nada semejante sólo por amistad. Los conozco bien.

—¿Y quién habla de amistad? Para todos ellos, usted representa una importante inversión. He sabido que tienen una «serie» en rodaje. Han terminado la mitad de episodios, pero faltan otros tantos para terminarla. Eso son millones que Parnel y Weldon arriesgan y que se irán al diablo si usted es detenido y la «serie» queda interrumpida. También puede decirse lo mismo de los dos directores que estuvieron en la juerga, puesto que uno de ellos es el director de dicha «serie» y el otro va a empezar el rodaje de un film de gran espectáculo tan pronto terminen con usted en esos «cortos». ¿No es cierto?

—Ya veo...

—Si usted se hunde por culpa de ese crimen, todos ellos perderán millones de dólares. Así fue cómo se les ocurrió protegerle con todas sus fuerzas, porque al mismo tiempo protegían su fortuna. El único que debió meterse en esto por amistad, o presionado por la influencia de Weldon, fue el doctor Jasper, el autor de aquella teoría sobre su retorcido cerebro. ¿Está de acuerdo?

—Ahora creo que está en el buen camino. Siga, Carson, está ganándose bien su dinero.

—Siempre me lo gano... En fin, sólo les quedaba alejar a las muchachas y lo hicieron de manera muy ingeniosa. Y Martine,

naturalmente. Le dio un ataque de histeria cuando vio que usted se marchaba con Linda...

—No me diga que mintió también por amor. Ella cree que me ama, pero yo no estoy tan seguro de eso.

—Si no me equivoco, Farrell, descubriremos que ella mintió para salvar su propio pescuezo.

Le dejé que asimilara eso durante unos segundos. Cuando la comprensión penetró en su mente por poco no cayó de espaldas.

—¡Dios santo, Carson! —jadeó—. ¿Quiere decir que Martine fue quien mató a la pobre muchacha?

—Casi estoy seguro... Debió creer que así se libra de una rival peligrosa al mismo tiempo que se vengaba de ella por haberle arrebatado al hombre que constituye su obsesión.

—No puedo creerlo... Además, aquella muchacha usted mismo reconoce que no era Linda... Y Martine, en todo caso, a quien deseaba matar era a ésta, no a una desconocida.

—Ahora llegamos a eso, pero antes déjeme poner orden a mis ideas al mismo tiempo. De los asistentes a la fiesta, sólo Martine, Parnel y Weldon tuvieron oportunidad de ir a la cabaña, aunque estos dos últimos, en todo caso, debieron llegar allí mucho más tarde. Por el contrario, Martine quedó sola en alguna parte de la casa, donde la llevaron para que le pasara su arrebato. Bueno, pudo salir inmediatamente por cualquier otra puerta y seguirles a ustedes... Suponiendo que no supiera dónde pensaban dirigirse.

—¡Maldición, lo sabía! —estalló repentinamente—. Escuchó lo que Linda dijo respecto a la cabaña de la playa de Beach City.

—Ahí tiene...

—Pero la otra chica... —insistió.

—Era una esclava de las drogas, y quien se las facilitaba era Linda precisamente. Los adictos a las drogas pierden la cabeza con mucha facilidad... Y ahora vamos a comprobar otro dato.

Descolgué el teléfono y comuniqué con Alma.

Su voz cálida comentó al reconocerme:

—O mi reloj atrasa o todavía no son las ocho, Mike...

—Lo sé. Estoy tratando de terminar con mi trabajo para estar libre toda la noche. Ahora escúchame bien, querida, pues es algo importante lo que voy a preguntarte.

—¿Se trata de Laurie acaso?

—Creo que sí. Cuando se marchó, ¿sabes si tenía dinero? No me refiero a si poseía unos cuantos dólares, sino dinero con el que pagar su... afición. ¿Entiendes?

—Perfectamente, Mike. No, no tenía dinero. Estaba nerviosa e

impaciente a causa de eso.

—Ya veo. Eso es todo, preciosa. Consérvate tan bonita como de costumbre hasta que vaya a buscarte.

No me entretuve con más charla a pesar de lo agradable de su voz, sino que colgué y me enfrenté de nuevo con Farrell.

—Bien —dije—. Laurie no tenía dinero. Lo más seguro es que fuera en busca de Linda para conseguir su ración de droga... Tal vez no la encontró hasta la noche. Quizá disputaron y luego la siguió hasta la fiesta... Ella necesitaba por encima de todo el maldito veneno que la aprisionaba, y creo que Linda no era una institución de caridad precisamente. Debió exigirle el pago de lo contrario no había droga. Así fue cómo Laurie se pegó a sus talones esperando una oportunidad de registrarle el bolso, ¿comprende?

—Todo eso está claro. Esa chica nos siguió hasta la cabaña, pero es una vez allí que no comprendo qué pudo ocurrir.

—Todo son conjeturas y temo que nunca podremos saberlo con exactitud, pero por lo que creo comprender a través de lo que usted me ha contado distintas veces, Linda había bebido en gran cantidad también. ¿No es cierto?

—Tanto como yo.

—De manera que si usted cayó tumbado, es lógico suponer que a ella le sucediese otro tanto. ¿No es cierto?

—Sí, claro...

—Bueno, eso debió pasar. El alcohol la venció en medio de su danza desenfrenada y perdió el conocimiento. Fue la ocasión que Laurie había estado aguardando. Tan pronto la vio caer, entró en la cabaña y debió registrar a Linda, o sus ropas y el bolso... Ahora supongamos que a mitad de su tarea oyó la llegada de alguien, unos pasos acercándose a la cabaña... O quizá Linda reaccionó a tiempo y la golpeó...

—¿Quiere decir que la que quedó en el suelo fue Laurie?

—Exactamente. Linda estaba bajo los efectos de una borrachera descomunal. Si se enfureció al ver que la otra muchacha trataba de desvalijarla debió reaccionar con suma violencia. Y en aquel momento, ella también debió escuchar la llegada de alguien... y sabiendo que la cabaña pertenecía a Tagliano se esfumó. Fue a esconderse, de manera que la muchacha que quedó tendida en el suelo, inconsciente, en la semipenumbra fue Laurie.

—¡Por todos los santos, Carson! El asesino la golpeó salvajemente creyendo que mataba a Linda...

—Esa es mi idea. Sólo alguien impulsado por un odio desatado pudo matar de esa manera, y huir después dejándole a usted allí

para que cargase con las consecuencias.

—Ahora lo comprendo... y cuanto más lo pienso más lógico me parece. Cuando Linda viera el cuadro saldría tan aprisa de allí como si escapara del infierno...

—Justamente. Pero, tan pronto se calmó, vio la gran oportunidad de su vida. Todo el mundo creería que usted era el criminal, incluso usted mismo, de manera que si se hacían los arreglos necesarios podría sacarle a usted tanto dinero como quisiera mediante el chantaje. Naturalmente, para una empresa como esa necesitaba ayuda... Y recurrió a su ex amante, Bunny Tagliano.

—Si pudiésemos probarlo...

—Eso es tarea de la policía. Nosotros nos limitaremos a darles la base para que hagan su parte. Prosigamos con lo nuestro, ¿conforme?

—Adelante, Carson...

—Bien. Tagliano vio el filón con toda claridad. Fueron a la cabaña y se llevaron la gran sorpresa al ver que usted había desaparecido, pero aprovecharon el tiempo. Hicieron desaparecer el cadáver, limpiaron tan perfectamente como pudieron y Bunny instaló unas alfombras. Ya le tenían amarrado a usted... y entonces intervine yo y las cosas se les complicaron.

—Pero usted dice que Linda fue asesinada ayer... ¿Quién pudo matarla? ¿Tagliano?

—Seguro. O alguno de sus matarifes. Intentaron hacer lo mismo conmigo cuando vieron que continuaba rondando la maldita cabaña. Imagino que Linda trató de presionar a su ex amante... o quizá quiso más parte de la que él estaba dispuesto a darle. O, casi es lo más seguro, Tagliano decidió que semejante negocio era una lástima compartirlo con ella y la eliminó. Esa es la manera de actuar de ese hijo de perra.

—Me ha convencido, Carson. Lo difícil será convencer a la policía.

—Otros se encargarán de convencerlos. A nosotros nos interesa aclarar el asesinato de la cabaña. Lo demás queda para los polizontes. Así que usted y yo vamos a efectuar unas visitas... y veremos lo que sale.

—¿Tengo que acompañarle?

—Seguro. Iremos a ver a Martine, a Parnel y a Weldon. A cada uno de ellos les soltaré toda esta historia, colocando al interesado en el lugar del asesino. Quiero ver cómo reaccionan... Aunque sigo opinando que es Martine Durke quien lo hizo. Los otros no tenían

ningún motivo, de manera que empezaremos por ella. ¿Está dispuesto, Farrell?

—Sin la menor duda... Creía volverme loco con todo esto, pero si ahora conseguimos ponerlo en claro le deberé a usted mucho más que sus honorarios.

—Se lo recordaré cuando llegue el momento —aseguré, precediéndole a la salida.

Rogué en silencio para que mi artimaña diera resultado, de lo contrario iba a encontrarme peor que al principio, con todo un hermoso castillo de naipes derrumbado a mis pies...

# CAPÍTULO XIII

—Ya basta, Grant —suspiró la mujer, pálida como la cera—. En el fondo, siempre he sabido que eso no podía resultar bien...

Farrell dejó escapar un quejido. Yo mantuve los labios apretados esperando que Martine Durke acabase de dar rienda suelta a sus emociones. Me había escuchado con una calma terrible desde el principio. Luego, a medida que toda la historia del crimen quedó expuesta ante sus ojos, abandonó su frialdad y al final se había rendido.

—Tú me empujaste a hacerlo —balbuceó luego—. Tú, con tus desprecios, no supiste apreciar cuánto te quería... y esa mujerzuela...

—Estás loca —susurró el actor, casi sin voz.

—Tal vez...

—Pero, Martine, ¿no viste que no era Linda la que estaba en el suelo? ¡Maldita seas! Mataste a una pobre chica que ni siquiera nos conocía.

Eso fue demasiado para la torturada mente de la mujer. Se levantó con los ojos desorbitados, boqueando como un pez fuera del agua.

Y, repentinamente, se echó a reír histéricamente, derrumbándose sobre una butaca presa de tremendas convulsiones

—¡Llame al doctor Jasper, Farrell! —exclamé.

Realmente, era cosa de él. No pude sentir ninguna satisfacción por lo que podía considerarse como un triunfo para mí.

Como tampoco obtuve satisfacción al relatar la verdad al teniente Crane, una hora más tarde.

Realmente, me dedicó algunos calificativos poco amables, pero me los había ganado a pulso con mi manera de actuar, de manera que callé y esperé que se calmara. Entonces dije:

—Tienes toda la razón del mundo, Crane, y no seré yo quien te lo discuta. Ahora, si estás satisfecho, dime qué hay de Bunny Tagliano.

—Acaban de comunicarme que ha sido detenido en una finca de recreo que posee en la costa, cerca de San Diego. Está ya en camino... y esta vez lo tengo bien amarrado. En sus libros constan

los dos matones que trataron de darte el pasaporte, como empleados. Además, Mike, hemos encontrado suficientes evidencias de sangre humana en la cabaña... En fin, aunque sea empleando un trozo de manga de riego le obligaré a que desembuche todo cuanto sepa.

—Eso es cuanto deseaba saber. Cuando tengas necesidad de mi declaración llámame.

—¡Eh, un momento! —exclamó, levantándose—. Eso es cuestión de una hora solamente... Podrás firmarlo todo esta misma noche.

—Ni lo sueñes. A las ocho tengo un caso muy importante que resolver... Quizá el más importante de mi carrera, de manera que hasta la vista.

—¿Otro embrollo, maldita sea tu estampa?

—Seguro. Voy a descubrir cuánto amor puede caber en el cuerpo de mujer más hermoso que hayas soñado jamás.

Salí del despacho como una bala, dejándole mudo de estupor.

Pero, por una vez, le había dicho la verdad. No podía quejarse.

# F I N

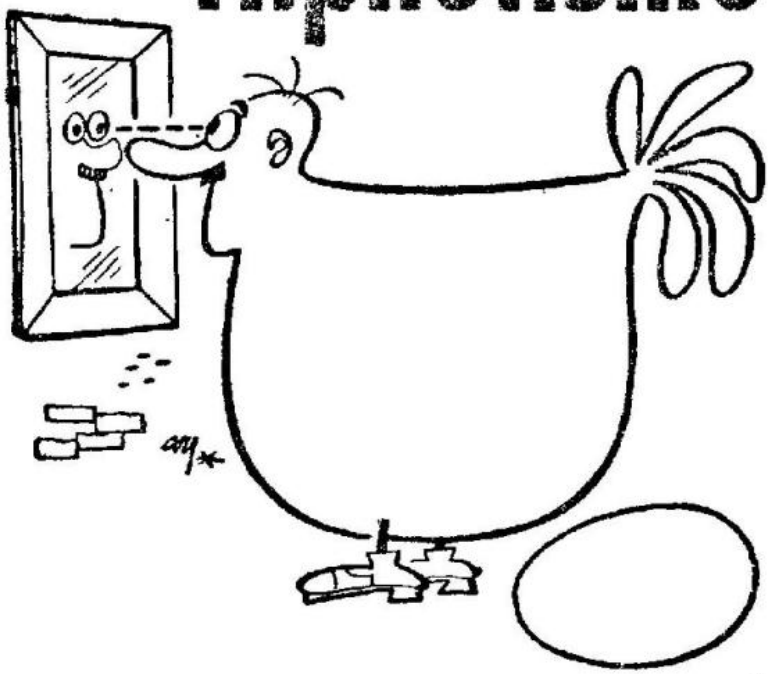
# LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

## ¿DESCIENDE EL MONO DEL HOMBRE?

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

# Hipnotismo



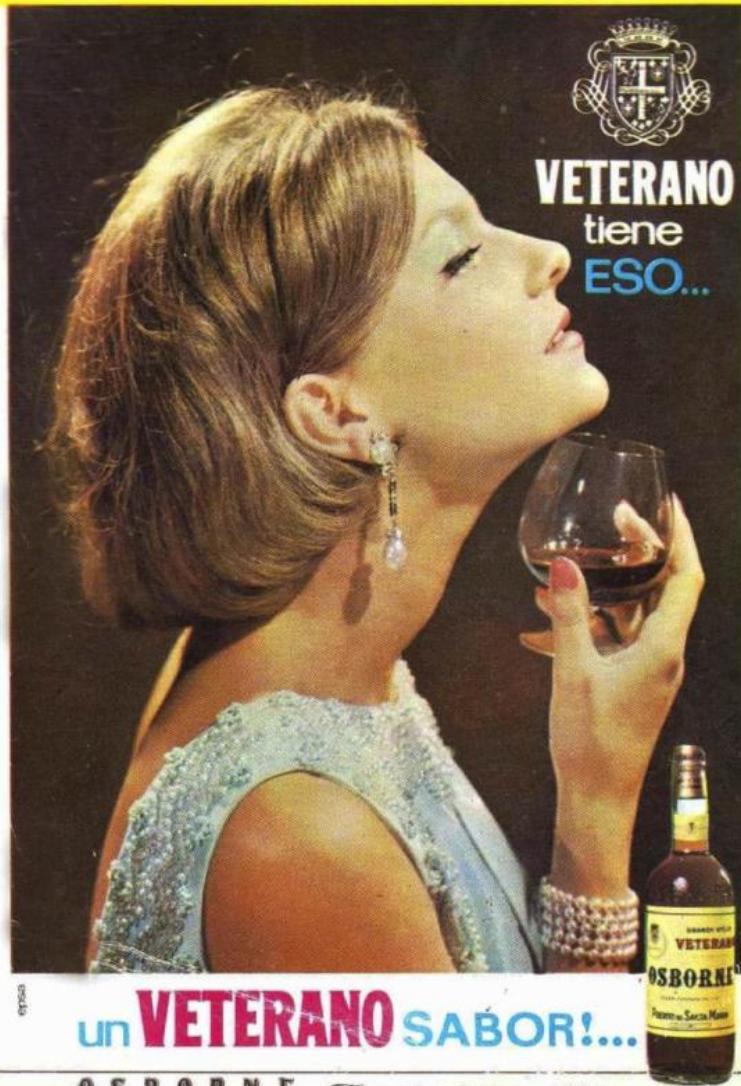
¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador? ¿Sabe, por el contrario, si su temperamento hace de usted una persona fácilmente hipnotizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

6 pesetas todas las semanas

La revista de la canción

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain